

VII - Las *quaternae causae* y los *nomina ficta*

A lo largo tanto de la primera parte del presente estudio como en la exposición de los diferentes métodos en esta segunda hemos insistido reiteradas veces en el hecho de que en algunas de las explicaciones etimológicas, para facilitar la relación etimológica establecida entre el término inductor y el inducido haciendo que ésta fuese más verosímil y justificable, los autores latinos recurrían al uso de las *quaternae causae* y de los *nomina ficta*. Es el momento de examinar qué son, en verdad, ambos recursos.

En un primer acercamiento podemos decir que las *quaternae causae* son los cambios fonéticos de los que podían servirse los latinos en la explicación etimológica de una palabra y que los *nomina ficta* son los vocablos acuñados como eslabón intermedio entre el término inductor y el término inducido. En breve examinaremos con mayor detenimiento ambas definiciones. Analizaremos en primer lugar las *quaternae causae* dejando para el final los *nomina ficta*.

1. - Las *quaternae causae*. Concepto y uso

1. 1 - Planteamiento de la cuestión

Los autores latinos eran conscientes de que en las palabras cuya etimología indagaban se operaban, en ocasiones, ciertos cambios de forma respecto a aquellas otras que habían actuado como término inductor. Varrón designó como *quaterna causa* los cuatro modos por los que se podían llevar a cabo esos cambios (en verdad el Reatino empleó la designación en plural,

y como él nosotros, por razones que quedarán explicadas a lo largo del presente capítulo). Ese cuádruple esquema no era específico de la etimología. Se empleó también en otros ámbitos gramaticales y retóricos como la ortografía, los barbarismos, los metaplasmos, la composición, la paranomasia, el solecismo, los vicios, las figuras y la métrica (cf. Holtz, 1979: 216, Desbordes, 1983: 24-27 y Ax, 1987: 27). Cavazza (1981a: 103 nota 40) y Ax (1987: *passim*) se refieren al esquema en cuestión como la *quadripertita ratio*, que es como la designan Quintiliano¹.

En torno al origen de este esquema hay opiniones diferentes. Mientras que Usener (cf. Ax, 1987: 30) lo hace remontar a Tiranión, gramático alejandrino del siglo I a. C., Barwick (1957: 97 s.) mantiene que los estoicos ya lo habían empleado tanto en la dialéctica como en la gramática un siglo antes y que su uso se registraría por primera vez en una gramática del tipo de aquella atribuida a Diógenes de Babilonia. Desbordes (1990: 28) apunta como posible réplica a las tesis de este último autor el hecho de que el cuádruple esquema recoge categorías presentes en la *Phísica* de Aristóteles quien, a su vez, podría haberse basado en el modelo de las manipulaciones posibles de la escritura en su enunciado.

Los latinos no fueron los primeros en aplicar las *quaternae causae* en la etimología. Con anterioridad ya lo habían hecho los griegos. Platón en el *Cratílus*, juega libremente con los cambios fonéticos para explicar algunas de etimologías propuestas. Su práctica está legitimada en 394b. Tras él, también los estoicos y los alejandrinos se sirvieron de ella. Para los estoicos el significante de una palabra era algo maleable que permitía quitar, poner, sustituir o invertir letras o sílabas. Se servían de esta práctica a su antojo sin justificarla en ningún ejemplo. Los alejandrinos, pese a que practicaron una etimología más seria, pues no pretendían ofrecer una explicación para todas las palabras, también recurrieron a su uso, aunque de forma más moderada.

Los diferentes cambios que resultan de la aplicación de la *quaterna causa* en la etimología se suelen designar con el giro *commutatio litterarum*

(cf. Pisani, 1976: 200, Cavazza, 1981a: 103).

1. 2 - Veracidad de las *quaternae causae*

La aplicación de las *quaternae causae* aporta a la práctica etimológica un rigor y un cientifismo que se desvanece tras un análisis de las mismas. Bien es cierto que en algunas palabras se operan ciertos cambios avalados por los textos antiguos y por la comparación con los dialectos. Es el caso de la disimilación de *d* en *r*, del rotacismo o de la apofonía de *a* en *i*. Varrón (*L.* 6. 5) advierte que él vio escrita la forma *medidies*, anterior a *meridies*, en un reloj de Preneste. Cicerón (*ad fam.* 9. 21. 2) señala que L. Papirio Craso, dictador en el año 339 a. C., fue el primero de su familia que dejó de llamarse *Papisius* para llamarse *Papirius*. Gelio (4. 17. 8) señala correctamente el cambio de timbre operado en la vocal *a* en interior de palabra.

Pero estos mismos cambios que en determinadas palabras y en determinados contextos fonéticos son posibles, en otros no lo son. Los latinos, desconocedores de que no era posible su generalización, se sirvieron de ellos en todo tipo de circunstancias fonéticas incurriendo en errores. Así, el Reatino empleó incorrectamente el rotacismo cuando hizo rotar una *s* ante *m* en su explicación etimológica del término *Carmena*². De igual manera Isidoro emplearía de forma abusiva el cambio *d > r* en palabras donde no hay un contexto fonético que favorezca la disimilación de la dental tal y como ocurre en *medidies > meridies*³.

La extensión abusiva de estos cambios llevó a los autores latinos a establecer relaciones de parentesco etimológico entre palabras que, en verdad, no las tienen. La corrección o incorrección tanto de los cambios propuestos, como de la propia relación etimológica es algo que no se plantearon. Ése es un criterio actual ajeno a la práctica etimológica antigua. Frente al uso de estos cambios y el rigor que con ello quisieron imprimirle a la etimología nos encontramos con algunas declaraciones de los propios autores que irían en contra precisamente de ese pretendido rigor. Nos

referimos a aquellas ocasiones en las que ellos mismos declaran recurrir a la *commutatio litterarum* por motivos tan poco científicos o rigurosos como la elegancia o la eufonía⁴.

1. 3 - La especulación teórica sobre el uso de las *quaternae causae* en la etimología latina

1. 3. 1 - Varrón

La primera mención de su empleo en la lengua latina, así como su aplicación práctica la encontramos en Varrón. Su descripción teórica no se ha conservado. Tal y como él mismo nos indica⁵, figuraba en los primeros libros del *de lingua Latina* hoy perdidos. Sólo contamos con tres escuetas menciones a comienzos de los libros quinto (L. 5. 6), sexto (L.6. 2) y séptimo (L. 7. 1) de dicha obra, siendo la primera la más completa. Precisamente en ella el Reatino remitía a los libros hoy perdidos. La pérdida de la descripción teórica se suple con las explicaciones etimológicas que él mismo ofrece en los libros conservados de este tratado, así como con las etimologías expuestas también en otras de sus obras.

Las *quaternae causae*, tal y como se desprende de las palabras de Varrón, facilitaban la tarea del etimólogo. Por efecto del paso del tiempo, la relación etimológica establecida entre los términos inductor e inducido podía desvirtuarse. Las *quaternae causae* permitían que el etimólogo explicara y justificara los cambios y las mutaciones operados en una palabra respecto al término inductor que le había dado lugar facilitando así el entendimiento de esa relación. Por ello su aplicación no podía ni debía ser objeto de crítica⁶.

Los cambios operados en una palabra podían afectar bien a las letras, bien a las sílabas, de ahí la designación plural *quaternae causae*. Ni son todos ellos los mismos cambios, ni en los casos que coinciden reciben las mismas

designaciones. Aquellos que afectan a las letras son la adición, la sustracción, la metátesis y la mutación (en breve examinaremos qué cambios encubre esto que hemos dado en llamar mutación), *additio*, *demptio*, *traiectio* y *commutatio* respectivamente. A las sílabas afectan el alargamiento, la abreviación, la adición y la sustracción, que en latín reciben en ese mismo orden los nombres de *productio*, *correptio*, *adiectio* y *detractio*⁷.

Varrón (*L. 6. 2*) indica que las *quaternae causae* eran un recurso que emplearon tanto los estoicos como los alejandrinos. Pero el que unos y otros se sirvieran de ellas no quiere decir que su uso estuviera codificado. Existen dudas sobre si fue el propio Varrón el primero en hacerlo, lo cual sería un rasgo de originalidad por su parte, o si su formulación corresponde a un autor anterior. Por lo general se piensa que fue obra ya de los alejandrinos ya de los estoicos y que Varrón, si acaso, la mejoró.

Defienden un origen alejandrino entre otros Wackernagel y Reitzstein. Por el contrario, defienden la formulación estoica Pisani y Cavazza. Otros como Muller o Zamboni no se decantan claramente por una postura u otra.

En opinión de Wackernagel (1979: 1448 s) los estoicos no se preocuparon por los cambios fonéticos mientras que los alejandrinos sí lo hicieron sirviéndose de ellos en su defensa de la analogía.

Reitzstein afirma que su empleo se debe al alejandrino Filoxeno. Sin embargo, Muller (1910: 206) pone en duda dicha afirmación. Aún así, este estudioso considera que los gramáticos alejandrinos dieron mayor importancia que los estoicos a los cambios fonéticos.

Pisani (1976: 200) si bien las considera de origen estoico, no deja de señalar que Varrón introdujo en ellas un principio histórico que es una anticipación a la ley fonética. Cavazza (1981a: 103 nota 140) también es partidario del origen estoico. En su opinión los estoicos fueron los primeros en codificar la *commutatio litterarum* y, al hacerlo, dejaron completa libertad de aplicación y valoración.

Zamboni (1988: 37) considera que la patología de los sonidos era

relativamente poco conocida para los estoicos. Según este autor, el Reatino ofreció una noción más evolucionada de la misma.

1. 3. 2 - Quintiliano

Tras Varrón, Quintiliano es el único autor que retoma desde un punto de vista teórico las *quaternae causae*. Pero se trata de una escueta mención que, más que explicación, es un breve recuerdo de lo dicho por el Reatino. En el libro primero de su *Institutio oratoria* (Inst. 1. 6. 32) se queja de aquellos gramáticos que en sus etimologías suprimieron, añadieron, conmutaron y permutaron a su antojo las letras de una palabra en función de las necesidades de sus explicaciones. Quintiliano nombra cuatro cambios sin ofrecer aclaración alguna al respecto.

Cousin (1936a: 57 s.) comparó lo dicho por Varrón y Quintiliano en relación a los cambios fonéticos de los que se sirven los gramáticos y concluyó que, si bien este último no seguía de una forma servil al primero, al menos lo seguía de cerca. Sin embargo, la lista de posibles cambios ofrecida por Quintiliano es mucho más reducida y menos detallada que la de Varrón. No distinguió, tal y como había hecho Varrón, una *quaterna causa* para las letras y otra para las sílabas, sino que enumeró cinco cambios que afectan por igual a letras y a sílabas⁸. Por tanto, en él se podría hablar de una *quina causa*.

1. 3. 3 - La especulación teórica en los restantes autores

En el resto de los autores latinos sólo hemos registrado ejemplos del uso práctico de este proceder, pero no consideraciones de tipo teórico. En ellos lo más que encontramos es la consignación expresa de un cambio concreto o la indicación de que tal o cual cambio era un recurso acostumbrado. No obstante, la práctica más generalizada es recurrir a su uso sin hacer ningún tipo de advertencia acerca del mismo.

Así pues, podemos concluir que Varrón no sólo es el primer autor que especula de forma teórica sobre los cambios fonéticos, sino también el único que lo hace.

1. 4 - El uso de las *quaternae causae* en la práctica etimológica latina

El empleo de las *quaternae causae* queda restringido a aquellos casos en los que la justificación de la relación etimológica entre el término inductor y el inducido presenta ciertas dificultades en el orden fonético debidas a la falta de similitud formal entre ambos términos. Su aplicación permite solventar esas posibles dificultades de la relación formal establecida entre los términos inductor e inducido.

1. 4. 1 - Posición de las letras y sílabas a las que afecta el uso de las *quaternae causae*.

Por lo general los cambios fonéticos suelen afectar a las primeras letras de las palabras. Este hecho ha sido consignado ya por diferentes estudiosos. Según Muller (1910: 212), Varrón sólo indicó cambios que afectaban a las tres o cuatro primeras letras de las palabras; Pfaffel (1981: 183ss.) señala que los cambios suelen centrarse en el tercer elemento y Cavazza (1984: 34), tras examinar un *corpus* de etimologías de autores anteriores a Varrón, concluye que los cambios se operan en el cuarto elemento.

El cambio puede afectar a las letras quinta, sexta e incluso séptima de una palabra cuando se trata de términos cuyo origen se explica como producto de una composición. En ese caso, las letras afectadas no serían sino las primeras del segundo elemento composicional.

Los cambios que afectan a las sílabas tienen lugar, según el tipo de cambio del que se trate, a comienzo o en interior de palabra pero nunca a final

1. 4. 2 - Consignación de las *quaternae causae*

La indicación expresa del empleo de las *quaternae causae* no fue algo frecuente. De hecho, lo más usual era que no mencionaran cambio alguno, aunque éste tuviera lugar. Son más los ejemplos de etimologías con cambios fonéticos implícitos que aquellos en los que su presencia se advierte de forma explícita.

En muchos de esos ejemplos en los que no se apela expresamente a la *commutatio litterarum* los cambios que tienen lugar son precisamente los que aparecen nombrados de forma explícita en otras ocasiones. En algunos casos la falta de indicación de la presencia de un cambio coincide con el uso de los *nomina ficta*. El empleo de este último recurso implica ya que la relación formal establecida entre los términos inductor e inducido no es todo lo clara que debiera ser. El *nomen fictum* corresponde a la forma previa a la aplicación de los cambios fonéticos, sean estos del tipo que sean.

Los primeros ejemplos de anotaciones expresas de cambios fonéticos que encontramos datan del siglo I a. C. Corresponden a Varrón y a Nigidio Fígulo. En Varrón contabilizamos un total de veintitrés indicaciones en los libros quinto al séptimo del *de lingua Latina*⁹. Al advertir alguna de esas anotaciones fonéticas añadió las coletillas *ut in multis, ut multa*¹⁰. Su uso parece indicar que, aunque no recurriera expresamente a ellos, tenía en mente los posibles cambios y su frecuencia. Otra muy diferente es la opinión de Muller (1910: 206 nota 1) para quien dichos giros fueron añadidos por el Reatino de una forma temeraria. En Nigidio Fígulo hemos registrado indicaciones de cambios fonéticos en tres de los cinco fragmentos de Funaioli que contienen etimologías¹¹. Los ejemplos de Varrón y Nigidio Fígulo no son los únicos de época republicana, también los encontramos en Cicerón. No obstante, debemos indicar que su mención en este autor se restringe en exclusiva a las etimologías estoicas de los nombres de los dioses expuestas en su tratado *de natura deorum*¹².

Como en época republicana, en el Imperio y en la Antigüedad tardía el número de ejemplos varía de unos autores a otros. En época de Augusto los ejemplos no son muy abundantes. Hemos registrado uno en Gavio Baso y tres en los *Fasti* de Ovidio¹³.

En el siglo II, en la obra de Festo (teniendo en cuenta también el resumen de Paulo Festo) se registran catorce indicaciones fonéticas¹⁴. En otro autor de ese mismo siglo, Gelio, hemos contabilizado trece anotaciones de este tipo. Diez de ellas corresponden a etimologías que el propio Gelio toma de autores anteriores, cuyos nombres indica¹⁵. En los ortógrafos de este mismo siglo también registramos menciones: una en Capro, dos en Velio Longo y cuatro en Terencio Escauro¹⁶.

En el siglo IV registramos su uso en algunas de las etimologías propuestas por Jerónimo y Agustín¹⁷; en el V nos encontramos con doce ejemplos de Servio y nueve de Macrobio, algunos de los cuales están atribuidos a autores concretos¹⁸; en el VI contamos con seis consignaciones realizadas por Prisciano, tres en sus *Institutiones grammaticae* y otras tres en su comentario a la *Aeneis*¹⁹ y en el VII hemos registrado una treintena de menciones en Isidoro²⁰. Dado el gran número de etimologías contenidas en sus *Etymologiae* se puede afirmar que en proporción, recurre en un menor número de ocasiones que Varrón a este proceder.

Los comentaristas del siglo IX y el autor del *Donatus orthographus* también ofrecen este tipo de notación si bien sus ejemplos son escasos: cuatro en Muretac, seis en el *ars Laureshamensis* y diez en Sedulio²¹.

A todas estas indicaciones hay que unir las de aquellos autores de diferentes épocas que recurren a ellas en una única ocasión. Es el caso de Donato, Nonio Marcelo o Casiodoro²². En otros autores, como Propertio o Tito Livio, no hemos registrado ninguna mención de este tipo. Tampoco se encuentran en los autores juristas para quienes los cambios fonéticos no fueron motivo de interés (cf. Ceci, 1892: 50).

Este breve recuento de las consignaciones expresas del uso de las *quaternae causae* no hace sino incidir en un hecho reseñado con anterioridad: los cambios fonéticos a los que acuden los autores latinos en sus explicaciones etimológicas no son reseñados de forma expresa en la gran mayoría de los casos.

1. 4. 3 - Preferencia por el uso de determinados cambios

Pese a que en *L. 5. 2* Varrón distinguió ocho cambios, cuatro para las letras y otros cuatro para las sílabas, en *L. 6. 2* mencionó solamente tres de ellos, la *additio* (*assumere*), la *demptio* (*mittere*) y la *commutatio* (*commutare*), y en *L. 7. 1* dos, la *additio* (*adicere*) y la *demptio* (*demere*). De los ocho cambios recurrió mayoritariamente a la *demptio* y a la *commutatio* en sus explicaciones.

Wölfflin indica acerca de la *traiectio* que su uso es excepcional en Varrón y, en general, en el latín, (1893: 581). Por su parte Pfaffel (1981: 218-220) afirma que ese menor empleo de la *additio* y de la *traiectio* se debe a que en la práctica ambos cambios eran más difíciles de verificar. Esta pauta observada en Varrón se repite también en los restantes autores.

Al igual que se puede hablar de una preferencia por ciertos cambios, también se puede señalar la preferencia de los latinos por los cambios que afectan a las letras frente a aquellos otros referidos a las sílabas. Los ejemplos de estos últimos son raros²³. Se da incluso el caso de que, afectando el cambio a una sílaba, los latinos prefieren referirse a éstas como *litterae* y no como *syllaba*²⁴.

El cambio más frecuente para las sílabas es la *detractio*. En cuanto a la *productio* y a la *correptio* debemos decir que las cantidades no son, por lo general, objeto de preocupación. Tan sólo encontramos algunas referencias y ejemplos en los comentaristas de obras poéticas. En ellas las referencias a las cantidades no hacen sino justificar la preferencia de una determinada etimología a otra. No se indica en ningún caso la presencia de un determinado

cambio fonético²⁵.

1. 4. 4 - La relación entre el uso de las *quaternae causae* y el origen del término inductor de la etimología

Las *quaternae causae* se aplican tanto en las explicaciones de términos derivados a partir del latín como en aquellos otros derivados a partir de alguna lengua extranjera. Ésta, por lo general, suele ser el griego, pero también hay ejemplos de palabras galas y púnicas²⁶. En los casos en los que el término inductor no es latino unas veces se habla simplemente de corrupción respecto a dicho término²⁷. Otras, por el contrario, se advierte la presencia de un cambio. En este último caso bien se señala una notación fonética concreta, bien se indica que hay un cambio aunque no se especifique en concreto de cuál se trata²⁸.

El número de ejemplos de etimologías con término inductor latino es muy superior al de aquellas otras con término inductor procedente de una lengua extranjera.

1. 4. 5 - Las *quaternae causae* y los métodos etimológicos

Nos queda por examinar la relación de la notación fonética con los diferentes métodos etimológicos. A este respecto hemos de señalar que en algunos de ellos la constatación expresa de la presencia de un cambio fonético es muy rara. Así por ejemplo, no se suele emplear en las explicaciones etimológicas de tipo antifrástico. Hemos encontrado un único ejemplo propuesto por Festo²⁹. Su uso es igual de escaso en las etimologías debidas a la similitud y en aquellas otras producto de la onomatopeya. En ambas contamos también con ejemplos únicos³⁰. Mucho más numerosos son los de su consignación en las etimologías explicadas como producto de una derivación o de una composición. De hecho, estas menciones son las que forman el grueso sobre el que vamos a trabajar para examinar cómo se

sirvieron de ellas los latinos.

No encontramos una razón concreta que justifique esa ausencia casi total de ejemplos en los tres métodos trópicos, la onomatopeya, la similitud y la antífrasis, y su abundancia en la composición y sobre todo en la derivación. A tenor de lo dicho por Agustín en su explicación de la etimología estoica en el *de dilectica* (P.L. XXXII 1413), los estoicos eran conscientes de las corrupciones que podían sufrir las palabras y, de hecho, Cicerón hace que el estoico Balbo apele a dichos cambios en sus etimologías de los nombres de los dioses. Sin embargo, pese a estas dos premisas la notación explícita de un cambio fonético es muy rara en estos métodos.

El empleo de las *quaterna causae* en uno u otro método etimológico varía según el autor. En Varrón tenemos ejemplos de este tipo de anotaciones en la explicación de palabras derivadas y compuestas³¹. De Nigidio Fígulo sólo contamos con ejemplos en palabras compuestas y lo mismo ocurre en Gavio Baso y en Festo³². Cicerón recurrió a los cambios sólo en las etimologías atribuidas a los estoicos, todas ellas términos derivados³³. Ovidio sólo recurrió a ellos en palabras derivadas³⁴. En las etimologías que Gelio reúne de otros autores las *quaternae causae* se aplican, por lo general, a palabras explicadas por composición. No obstante, hay también algún caso de palabras derivadas. Aquellas otras que no atribuye a ningún autor y en las que también se recurre a este proceder son todas ejemplos de términos compuestos. Los ejemplos reunidos por Macrobio son palabras derivadas y compuestas. Isidoro hace uso de estas anotaciones tanto en las explicaciones etimológicas de términos derivados como compuestos. Y lo mismo ocurre en los gramáticos irlandeses.

Los únicos autores en los que no hemos encontrado ninguna mención expresa de las *quaternae causae* son los juristas y el historiador Tito Livio.

1. 5 - Vocabulario técnico

1. 5. 1 - Varrón

Según señaló Varrón, los cambios podían afectar por igual a las letras y a las sílabas. El Reatino distinguió una *quaterna causa* diferente para unas y otras, de ahí, ya lo hemos indicado, el uso en plural que hacemos de esta designación³⁵. Los términos técnicos empleados en ambas enumeraciones no son los mismos. Para las letras habla de *demptio*, *additio*, *traiectio* y *commutatio*. La *quaterna causa* de las sílabas la componen la *productio*, la *correptio*, la *adiectio* y la *detractio*. En opinión de Cavazza (1981a: 59), estos términos estaban probablemente en uso entre los gramáticos en época de Varrón y el Reatino contribuyó a que se hicieran canónicos.

La mayor parte de estos tecnicismos no ofrecen duda sobre el cambio que designan. La presencia de los términos *demptio* y *detractio* informan sobre la supresión de una letra y de una sílaba respectivamente. Si por el contrario encontramos *additio* o *adiectio* se está indicando que hay una letra o una sílaba más. Tampoco la ofrece el término *traiectio*, que debe entenderse como una metátesis de lugar, o la pareja *productio-correptio* que hace referencia al alargamiento y a la abreviación de una sílaba respectivamente.

Tan sólo *commutatio* ofrece, digamoslo así, ciertas dificultades. Teniendo en cuenta los ejemplos que nos ofrece Varrón, este término encubre todo tipo de cambios: sonorización, disimilación, rotacismo, apertura y cierre de vocales y también sustituciones de difícil explicación de una letra por otra. Es, pues, un término plurivalente.

Aunque Varrón designó cada cambio con un término técnico concreto, luego no los empleó o, por lo menos, no queda constancia de ellos en los ejemplos etimológicos de los libros quinto al séptimo del *de lingua Latina*. En las diferentes etimologías en las que advirtió la presencia de un cambio fonético éste queda indicado no con alguno de los términos mencionados, sino mediante verbos que no siempre se corresponden con los sustantivos

enumerados en *L. 5. 4*. El empleo de verbos en la notación fonética será una constante en los restantes autores que recurren a la *commutatio litterarum*. Sin embargo en su uso, tanto en Varrón como en el resto de los autores, se observa una falta de uniformidad. Este hecho puede entenderse bien por tratarse de un vocabulario incipiente (lo cual sería aplicable a lo que ocurriría en el siglo I a.C. pero no a siete siglos después), bien como una falta de codificación motivada por la escasa preocupación por este tema.

El Reatino no sólo ofrece una gran variedad de verbos con los que consignar los diferentes cambios sino que además algunos de ellos los empleó de forma plurivalente. Así, para indicar la supresión de una letra recurrió a *demere*, *deterere*, *excludere*, *exterere* y *mittere*³⁶. *Deterere* y *exterere* los emplea tanto para indicar la sustracción de una consonante como la de una vocal. Sin embargo, *excludere* sólo lo encontramos con consonantes. *Mittere* y *demere*, que sería el verbo correspondiente al sustantivo *demptio*, son los verbos que emplea en las dos últimas menciones teóricas que de la *quaterna causa* encontramos en el *de lingua Latina* (*L. 6. 2 y 71*). Cuando quiere consignar la desaparición de una sílaba recurre nuevamente al verbo *exterere*. Pero en la indicación de la supresión de letras, además de los verbos mencionados, también emplearía el verbo *mutare*, utilizado igualmente para señalar la presencia de una mutación³⁷. Dicho cambio fonético se expresa también con los verbos *commutare*, que sería el verbo correspondiente al sustantivo *commutatio*, *facere*, *abire*, *permutare* e *inmutare*³⁸.

La presencia de una adición queda marcada con los verbos *addere*, *adicere*, *assumere* y *ponere*³⁹. De ellos, el primero y el último son los únicos que emplea en ejemplos prácticos, pues *adicere* y *assumere* sólo aparecen en las menciones de la *quaterna causa* de los libros VI y VII. Pese a que *adicere* sería el verbo correspondiente al sustantivo de la *quaterna causa* silábica *adiectio*, los cuatro verbos nombrados se aplican a la adición de letras. Los términos expuestos hasta el momento corresponden a la adición, sustracción y mutación.

Los ejemplos de metátesis, esto es, la *traiectio*, así como de alargamiento

o abreviación de sílabas, la *productio* y la *correptio*, no los indica de forma expresa y no podemos indicar, por tanto, qué vocabulario técnico utilizaba para dar cuenta de ella⁴⁰.

Esta variedad de términos empleada por Varrón es, según Collart (1954: 80 nota 3), un reflejo del carácter incipiente de la fonética aplicada en la gramática latina .

1. 5. 2 - Los restantes autores

Los autores posteriores a Varrón no siempre recurrieron a los verbos utilizados por él. Incluso en ocasiones, cuando emplearon esos mismos verbos, no lo hicieron con el valor que les diera el Reatino sino que los reutilizaron indicando con ellos otros cambios diferentes.

Para la supresión de letras o sílabas el vocabulario empleado por los restantes autores es el siguiente:

Nigidio Fígulo designa la supresión de una sola letra con el verbo *deterere* ya empleado por Varrón y la de varias letras con el adverbio *intercise*⁴¹.

Niso también utilizaría como Varrón y Nigidio el verbo *deterere*, pero, a diferencia de éste, lo emplearía para designar la supresión no de una sino de varias letras⁴². Q. Valerio Sorano utilizó *detrahere* para la supresión de una letra y Gavio Baso señaló la eliminación de una sílaba con el verbo *interlidere*⁴³. Ninguno de esos verbos había sido empleado anteriormente por Varrón.

Ovidio recurriría al varroniano *demere*⁴⁴. Quintiliano empleó, como ya hiciera Valerio Sorano, *detrahere*⁴⁵. Gelio utilizó *elidere* y también *immittere*, no registrado en este uso hasta ese momento⁴⁶. Festo recurrió a dos verbos ya usuales, *detrahere* y *demere*, pero con ellos sólo indicaría la pérdida de la aspiración con relación al griego. Los restantes autores que se habían servido

de ellos lo habían hecho para señalar tanto la desaparición de una vocal como la de una consonante⁴⁷.

Macrobio empleó para las letras un verbo frecuente en este uso, *detrahere*, siendo más variado el vocabulario empleado por él para la supresión de sílabas, *corripere* y *deterere*. *Corripere* sería el verbo correspondiente al sustantivo *correptio* de la *quaterna causa* silábica varroniana, cambio distinto a la *detractio* silábica. Este autor se sirvió también de un sustantivo, *amissio*, para indicar la supresión de letras⁴⁸.

El artígrafo Diomedes recurrió a *subtrahere*⁴⁹. Por su parte Servio recurrió, como ya lo habían hecho otros autores, al verbo *detrahere*⁵⁰.

Isidoro emplearía una gran variedad de verbos para señalar la sustracción de una o más letras. Algunos, como *detrahere*, *elidere* o *excludere*, habían sido ya empleados por autores anteriores, otros, como los compuestos *aufferre* y *subferre*, se encontrarían en él por primera vez. Para las sílabas recurre a *aufferre*, *detrahere* y también a *demere*⁵¹. Con relación a este último recordemos que la *demptio* varroniana hacía referencia a las letras pero no a las sílabas. Sedulio es el único de los comentaristas irlandeses que recurre a este cambio. Lo señala en dos ocasiones utilizando en cada una de ellas un término distinto, el verbo *sufferre* y el sustantivo *incissio*⁵².

Para la adición Nigidio Fígulo recurrió a *adponere*⁵³. Ovidio emplearía el giro *bis dicere*, de carácter más poético, para indicar la repetición, y por lo tanto adición, de una letra⁵⁴. Festo utilizó *adicere* y *praeponere*⁵⁵. El ortógrafo Terencio Escauro emplea *assumere* mientras que Capro recurrió al verbo *addere*⁵⁶. Este mismo verbo fue también el utilizado por Macrobio⁵⁷. Servio empleó los verbos *accipere*, *addere* y *adicere* y Prisciano tan sólo el segundo de ellos⁵⁸. Isidoro sólo señaló la adición de una letra previa supresión de otra. Dicha adición la indica con el verbo *subrogare*⁵⁹. Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis* emplean el verbo *interponere* para indicar la adición de una vocal⁶⁰.

La mutación (cambios de todo tipo, salvo adición, sustracción y metátesis) fue indicada por Aurelio Opilio con el verbo *permutare*, que es el que también utilizó Quintiliano en su enumeración de los recursos de los que se sirvieron los gramáticos en sus explicaciones etimológicas⁶¹.

Los ortógrafos Velio Longo y Terencio Escauro emplearían *mutare* para las letras. El último de ellos utilizaría también *transire*⁶². Festo se sirvió del sustantivo *permutatio* y de los verbos *uertere*, *substituere*, *mutare*, *permutare* y *conuertere* para las letras. Para las sílabas sólo recurrió al verbo *mutare*⁶³ que sería también el que emplearía Agustín⁶⁴.

Macrobio recurrió al sustantivo *commutatio*, empleado ya por Varrón, para la mutación operada en una letra⁶⁵. Servio utilizó el verbo *inmutare*, mientras que Prisciano optó por *mutare*, *conuertere* y el sustantivo *commutatio*⁶⁶.

Casiodoro empleó *conuertere*⁶⁷. Isidoro recurrió a *mutare*, *commutare*, *demutare*, *ponere*, *transire* y al sustantivo *inmutatio*. Todos ellos los utiliza sólo para señalar el cambio de una letra, pero nunca de una sílaba⁶⁸.

Los comentaristas irlandeses emplearon distintos términos según se tratara de un cambio vocálico o consonántico. Para consignar un cambio vocálico recurrieron por lo general al ya tradicional verbo *mutare*, pero también se sirvieron de *uertere* y su compuesto *conuertere* y del sustantivo *mutatio*⁶⁹. Cuando la mutación afectaba a una consonante emplearon los verbos *mutare* y *ponere*⁷⁰.

Además de designaciones latinas también se encuentran ejemplos de designaciones griegas. Su uso se registra en los ortógrafos Terencio Escauro y Veleyo Longo, en el gramático Dositeo, en Macrobio en sus *Saturnales*, en Servio en su faceta de comentarista de Virgilio, en Prisciano, en Isidoro y en los comentaristas irlandeses Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis*.

Los tecnicismos griegos empleados por estos autores son todos ellos sustantivos: *antistichon*, *apheresis*, *dieresis*, *synaeresis* y *syncope*. El primero serviría para señalar la presencia de una mutación, el tercero una adición y

el segundo, el cuarto y el quinto una sustracción referida tanto a letras como a sílabas⁷¹.

1.5.3 - Problemas suscitados por la variedad de términos empleados en la designación de las *quaternae causae*

La variedad de términos empleados lleva a cuestionarnos si la coincidencia en el uso de la terminología e incluso la utilización de un término u otro tiene algún sentido.

Tomemos, por ejemplo, el vocabulario correspondiente a la adición. Hemos contabilizado un total de nueve formas verbales para designar este cambio, *accipere*, *addere*, *adicere*, *adponere*, *assumere*, *bis dicere*, *ponere*, *praeponere* y *subrogare*.

Servio utiliza tres verbos distintos, *accipere*, *addere* y *adicere*, para expresar el mismo cambio, la adición de una digamma⁷². Curiosamente Pompeyo recurre a uno de ellos, *addere*, al hablar del valor de la digamma en latín, coincidiendo su ejemplo con uno de los propuestos por Servio⁷³. Ese es también el verbo que emplea Macrobio en su explicación etimológica del verbo *uidere*. En este caso la letra que se añade no es griega sino latina, pero el étimo en sí es griego⁷⁴.

El posible uso de *addere* en aquellos casos en los que se recurre al griego como lengua de origen del término inductor se ve roto con el empleo que le dieran Varrón y Capro. El Reatino empleó dicho verbo para indicar un cambio entre el latín urbano y el rural como es la adición de *a* en el latín urbano⁷⁵. Pero, para indicar ese mismo cambio, utilizó también el verbo *ponere*⁷⁶. Por su parte Capro empleó el verbo *addere* en su explicación de por qué *exsul* debe escribirse con *s*: se trata de un derivado del término latino *solus*⁷⁷.

Terencio Escauro utilizó el verbo, *assumere*, en la corrección que hizo de un error ortográfico, la adición de *n* en *formosus*⁷⁸. Dicho verbo había sido empleado por Varrón no en un ejemplo práctico sino en su mención de las

quaternae causae a comienzos del libro sexto del *de lingua Latina*.

Para anotar una adición debida a razones eufónicas Nigidio recurre al verbo *adponere*, mientras que Festo emplea en ese mismo uso *praeponere*⁷⁹. La letra añadida es diferente pero la posición en la que el cambio tiene lugar es la misma, a comienzo de palabra.

Isidoro es el único que emplea el verbo *subrogare*. Aparece en las dos ocasiones acompañado de compuestos *affero* y *subfero* que señalan la supresión que, en ambos casos, precede a la adición⁸⁰.

El giro *bis dicere* es empleado por Ovidio para la repetición, y por tanto adición, de una misma sílaba⁸¹. Es el único autor que ofrece un ejemplo de adición silábica.

Este rápido examen de la consignación expresa de la *additio* nos permite concluir que el vocabulario técnico empleado por los autores latinos en la designación de la adición no es uniforme. Esta conclusión es extrapolable a los restantes cambios. Esa falta de uniformidad no es sino un reflejo del carácter incipiente de la fonética aplicada en la gramática latina.

1. 6 - Conclusiones en torno a las *quaternae causae*

Finalizado el examen acerca del concepto que los latinos tenían de las *quaternae causae* y del uso que le dieron es momento de extraer conclusiones al respecto. Aquellas a las que llegamos son las siguientes:

- 1ª - la especulación teórica acerca de este recurso es casi inexistente. A excepción de Varrón no hemos registrado consideraciones teóricas al respecto;
- 2ª - la ausencia de especulación teórica no implica un uso escaso de este recurso;
- 3ª - el uso generalizado de ciertos cambios sin tener en cuenta el contexto fonético en el que se aplican propicia una abundancia de errores fonéticos que han contribuido a forjar una opinión negativa acerca de la práctica

etimológica latina;

4ª - la corrección o incorrección de los cambios fonéticos es algo que no se plantearon los latinos;

5ª - la extensión abusiva de ciertos cambios propicia el establecimiento de relaciones etimológicas falsas que contribuyen, igual que en el caso anterior, a una opinión negativa de la etimología latina;

6ª - el empleo de las *quaternae causae* suele llevarse a cabo sin la consignación expresa del mismo;

7ª - las *quaternae causae* afectan a las primeras letras de las palabras y a las sílabas inicial o media pero no a las letras o sílabas finales, salvo en muy raras ocasiones;

8ª - los latinos muestran su preferencia por los cambios que afectan a las letras. Entre los referidos a las letras los más frecuentes son la *additio* y su contrario la *demptio*. En las sílabas el más frecuente es la *detractio*;

9ª - los cambios fonéticos suelen aplicarse a palabras cuya etimología se explica por derivación o por composición;

10ª - el carácter extranjero del término inductor de una etimología no es óbice para que en ella se apliquen y se consignen los cambios fonéticos;

11ª - no existe uniformidad a la hora de designar los diferentes cambios;

12ª - el uso de las *quaternae causae* está relacionado con el empleo de los *nomina ficta*. Ello se debe a la finalidad de ambas técnicas auxiliares, facilitar la relación establecida entre el término inductor y el término inducido.

2- Las *quaternae causae*. Cambios fonéticos empleados por los latinos

Una vez expuesta la consideración que los latinos tenían de las *quaternae causae*, el uso que le daban, así como el vocabulario técnico empleado para su designación, es el momento de examinar los cambios concretos propuestos por los distintos autores. No obstante, antes debemos

hacer cuatro advertencias:

1ª - No todos esos cambios son señalados de forma expresa por los autores, hecho que ya hemos reseñado con anterioridad. Las menciones no encubren el total de cambios empleados en sus explicaciones etimológicas aunque sí un gran número de ellos.

2ª - La indicación de la presencia de un cambio fonético concreto no es siempre todo lo precisa que debiera ser. No se advierte en todas las ocasiones a qué letra o letras afecta el cambio mencionado. En aquellos casos en que sí se indica, bien se nombra la letra en cuestión, bien se hace referencia a su posición en la palabra, bien se recurre a la vez a ambas posibilidades, aunque esto último ocurre en contadísimas ocasiones.

3ª - La imprecisión en la descripción no sólo afecta a la letra o letras en las que se opera el cambio sino también al propio cambio fonético. En ocasiones la única indicación con que contamos es alguno de los verbos nombrados anteriormente al hablar del vocabulario técnico y ya insistimos entonces en el hecho de que un verbo podía emplearse con distintas acepciones. En otros casos se indica, ciertamente, la presencia de una letra afectada o de un cambio pero las referencias fonéticas reseñadas son sólo parte de los cambios operados en el término inducido respecto al término inductor. Incluso puede darse el caso de que el cambio indicado no se corresponda con lo que de verdad ha tenido lugar.

4ª - Varrón, Festo e Isidoro son los autores que señalan en un mayor número de ocasiones la presencia de alguna *commutatio litterarum*. En los tres encontramos ejemplos de indicación de las letras afectadas. En Varrón esto sucede en nueve de las veintitrés ocasiones en que consigna de forma expresa la presencia de un cambio fonético, en Festo en diecisiete de los veinticuatro ejemplos de notación fonética y en Isidoro en diecinueve de las treinta explicaciones etimológicas en las que recurre a algún cambio fonético⁸².

Las advertencias señaladas, en especial la segunda y la tercera, se entienden más fácilmente con ejemplos prácticos. Varrón señala con precisión

el cambio que tiene lugar entre *gladium* y su inductor *clades* en *L. 5. 116*. Indica que la *c* sonoriza en *g*. Lo mismo ocurre en *L. 5. 96* donde, al explicar la etimología de *armenta*, señala no sólo el cambio producido sino también la letra afectada y su posición en la palabra⁸³.

No es tan concreto Festo en su explicación etimológica de *auus*, en la que señala que es un término que deriva del griego πᾶππος cambiando algunas letras. No dice ni cuáles son las afectadas ni en qué consiste el cambio sufrido⁸⁴.

Algo parecido ocurre en la etimología que Gelio ofrece de *Iuppiter*. Según señala, la forma plena de ese nombre es *Iouispater*. A partir de ella tras la elisión o el cambio de algunas letras, pues ofrece esa doble posibilidad, se obtiene *Iuppiter*. No indica qué letras son las que se eliden o se cambian⁸⁵.

Tampoco es muy preciso Isidoro en su etimología de *mulier*. En ella ofrece dos cambios diferentes, una sustracción y una mutación, como si el lector tuviera que elegir cuál de los dos le conviene más. En verdad, para que su etimología tenga sentido, no se puede optar por uno u otro sino que deben operarse los dos cambios aplicados cada uno a una letra diferente⁸⁶.

Quedan sólo por ejemplificar aquellos casos en los que el testimonio de los autores latinos no es todo lo completo que debería. Nuevamente Varrón nos proporciona un ejemplo. En *L. 5. 91* señala que *terima* es el término inductor de *turma* y que entre una y otra palabras se ha producido un paso de *e* a *u*. Nada advierte sobre la sustracción de la *i* que ocupa la cuarta posición del término inductor. Lo mismo ocurre en *L. 7. 74*, donde señala que el término *triones* deriva de *terra* con supresión de la *e* pero omite la degeminación de la doble consonante *r*⁸⁷.

Siguiendo a Varrón abordaremos en nuestra exposición, por un lado, los cambios que afectan a las letras y, por otro, los que afectan a las sílabas. Dentro de los primeros distinguiremos los cambios vocálicos de los consonánticos. En unos y otros expondremos en primer lugar aquellos resultado de la *additio* para abordar después los debidos a la *demptio*, a la

commutatio y a la *traiectio*. En cada uno de esos tipos de cambios señalaremos primeramente aquellos que son consignados de forma expresa y después aquellos otros que son utilizados sin indicación alguna.

En nuestra exposición no nos interesará tanto juzgar la corrección o no del cambio señalado (recordamos una vez más que eso no era materia de interés para los latinos), como ver el uso que les dan los diferentes autores.

2. 1 - La *quaterna causa* de las letras

2. 1. 1 - La adición, *additio*

La adición es un cambio que no afecta por igual a vocales y consonantes. Es más abundante en el caso de éstas últimas. Con relación a las vocales tan sólo hemos registrado consignaciones expresas de este cambio en tres ocasiones, una en Varrón, la segunda en Prisciano y la tercera en los comentaristas irlandeses del siglo IX. El ejemplo de Varrón nos lleva a poner en duda la afirmación de Collart (1954: 84) de que el Reatino sólo empleó el término *additio* al hablar de morfología. Pese a la casi total inexistencia de indicaciones explícitas sí hemos registrado algún que otro ejemplo del uso implícito de este cambio en Elio Estilón, Varrón, Isidoro y Sedulio⁸⁸.

Este cambio, ya lo hemos indicado, afecta sobre todo a las consonantes. La mayoría de los ejemplos tienen en común, tal y como se desprende de las afirmaciones de los autores que hablan de ello, el que la adición se explica por razones de eufonía o de elegancia.

2. 1. 1. 1 - Cambios vocálicos producto de la adición

Los cambios vocálicos registrados son los siguientes:

A - La adición de una *a*. Según señala Varrón se trata de un cambio que afecta al latín urbano con relación al latín rural⁸⁹. Encontramos ejemplos

sin la consignación del cambio en Nonio⁹⁰. Este cambio se aplica también a palabras de étimo extranjero. Así lo hace Jerónimo al explicar el *nomen sacrum Sara*⁹¹.

B - La adición de una *i*. Muretach, Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis* señalan en sus respectivos comentarios que el término *aduerbium* es un compuesto de la preposición *ad* y el nombre *uerbum* al que se le añade una *i* para que no quede duda de su condición de tal⁹².

C - La adición de una *o*. Se encuentra consignado en Prisciano⁹³. Es la única mención de un cambio fonético que este gramático incluye en sus *Institutiones grammaticae* y una de las escasísimas consignaciones registradas en las artes (uid. supra 92). La etimología no está referida al latín sino al griego.

Sin consignación expresa registramos también la adición de e⁹⁴.

2. 1. 1. 2 - Cambios consonánticos producto de la adición

Los cambios consonánticos producto de la adición son más abundantes que los vocálicos. Hemos registrados los siguientes:

A - La adición de una *d*. Ésta puede tener lugar tanto en interior de palabra como a comienzo de la misma. En posición inicial la adición tiene lugar por razones de elegancia. Macrobio es el autor que se encarga de reseñarlo⁹⁵.

Gelio y Macrobio ofrecen el mismo ejemplo de adición en interior de palabra, *bidentes*, término procedente de un antiguo *biennes*⁹⁶. Los dos arguyen que ésta tiene lugar por razones eufónicas. En opinión de Gelio la letra añadida hace más fácil y agradable la pronunciación de la palabra en cuestión. Por su parte, Macrobio indica que se recurre a ella para evitar un hiato. También Servio ofrece la etimología de este término, pero no

insiste en el valor de esa adición. De hecho, pasa por alto su presencia para trabajar con la supuesta forma original del compuesto y explicar a partir de ahí su origen⁹⁷.

La adición de la *d* en interior de palabra se opera en términos compuestos, mientras que en inicial de palabra se produce en términos simples.

B - La adición de *s* a comienzo de palabra. Los diferentes casos en los que se puede operar este cambio aparecen todos ellos reseñados en la obra de Festo. Sin embargo, no todos los ejemplos responden a la misma motivación. En ocasiones se apela a razones eufónicas⁹⁸, en otras no se indica ningún motivo concreto. En este último caso los ejemplos remiten a una doble posibilidad: bien el término inductor es griego y la *s* añadida en latín sirve para transcribir la aspiración inicial del étimo griego, bien el término inductor es latino y la *s* da lugar a un grupo triconsonántico ya existente en la lengua latina⁹⁹.

Festo recurre también a este cambio sin indicarlo expresamente. En ese caso se trata siempre de palabras latinas de étimo griego¹⁰⁰.

Este cambio es el único que encontramos consignado de forma expresa en las etimologías antifrásticas. Dicha notación sólo tiene lugar en una ocasión, en la etimología de *Segesta* ofrecida por Festo¹⁰¹.

C - La adición de *u*. Este cambio, reseñado por Macrobio y Servio, se encuentra sólo en explicaciones etimológicas en las que el término inductor es griego¹⁰².

En Macrobio encontramos también ejemplos de uso de esa adición sin indicarla¹⁰³.

D - La adición de una *r*. Prisciano ofrece esta notación fonética en una de las tres etimologías que ofrece para explicar el origen del término *parricida*. Según indica se trata de una adición por razones eufónicas¹⁰⁴.

2. 1. 2 - La sustracción, *demptio*

A diferencia de la *additio*, los cambios producto de la *demptio* afectan en una proporción similar a vocales y a consonantes.

2. 1. 2. 1 - Cambios vocálicos producto de la sustracción

En los cambios vocálicos producto de la *demptio* no se tienen en cuenta las cantidades de las vocales. Hemos registrado los siguientes:

A - La elisión de *u*. Encontramos este cambio consignado en Gelio y también en Sedulio. Ambos autores aluden a la misma etimología¹⁰⁵. En ella la elisión no se explica fácilmente ya que tiene lugar en sílaba tónica. Mientras que Gelio señala, además de la letra afectada, el lugar donde tiene lugar la supresión, Sedulio indica tan sólo la letra que sufre el cambio al que designa con una doble terminología, *syncopa -intercisio*.

Esta elisión también fue empleado por otros autores sin consignación expresa. Es el caso del Reatino, de Festo o de Isidoro¹⁰⁶.

B - La elisión de *e*. El cambio, mencionado por Varrón¹⁰⁷, es utilizado sin indicarlo por numerosos autores. Así lo hacen Elio Estilón, Nigidio Fígulo, Cicerón, Festo, Gayo, Nonio Marcelo, Servio, Casiodoro, Isidoro, Sedulio y también el propio Reatino¹⁰⁸.

En muchos de los ejemplos aducidos por los autores nombrados la elisión no podría tener lugar por estar la vocal en sílaba inicial. En otros sí sería factible. Este cambio se aplica tanto a palabras consideradas producto de una derivación como de una composición.

C - La abreviación del diptongo *ae* mediante la sustracción de su segundo elemento. Este cambio aparece registrado en Varrón y también en Nigidio Fígulo¹⁰⁹. Ambos autores no dudan en eliminar la *e* del diptongo

para justificar las etimologías que proponen de los términos *balare* y *auarus* respectivamente. Contamos también con ejemplos de Varrón y de otros autores que recurren a él sin indicarlo¹¹⁰.

Se trata de un cambio de difícil explicación. Se aplica tanto a palabras consideradas producto de una derivación como a palabras producto de una composición.

D - La elisión de *i*. Ésta puede producirse tanto en sílaba inicial como media o a final de palabra. Las tres posibilidades aparecen consignadas en Isidoro y la segunda de ellas en Varrón¹¹¹. El Reatino también recurre a este cambio de forma implícita y al igual que él otros autores como Nigidio Fígulo, Quintiliano, Festo, el jurista Julio Paulo, Mario Victorino, Servio, Isidoro o Sedulio¹¹².

El empleo de este cambio se registra tanto en las explicaciones de palabras consideradas derivadas como compuestas. La elisión de la vocal en sílaba inicial no es posible en latín, pero sí en las otras dos posiciones. Asimismo, se aplica tanto a palabras con étimo latino como extranjero.

E - La elisión de *o*. Sedulio es el único autor que consigna de forma expresa esta elisión. La elisión tiene lugar a principio de palabra¹¹³. Este cambio lo utilizan también sin señalarlo Varrón, Festo, Donato, Macrobio, Casiodoro, Isidoro y el propio Sedulio¹¹⁴.

La elisión de esta vocal puede tener lugar tanto a principio de palabra como en interior. Se utiliza también en las etimologías de términos compuestos.

Junto a los cambios de los que encontramos alguna consignación expresa contamos también con un ejemplo de *demptio* no reseñada, la elisión de *a*. Varrón, Quintiliano, Ulpiano, Isidoro y Sedulio recurren a este cambio sin que ninguno de ellos lo consigne de forma expresa¹¹⁵. La pérdida de dicha

vocal se registra tanto en posición inicial como en interior de palabra. En ocasiones se aplica a palabras cuya etimología se explica a partir del griego¹¹⁶.

2. 1. 2. 2 - Cambios consonánticos debidos a la sustracción

Los cambios consonánticos relacionados con la *demptio* son:

A - La reducción de grupos consonánticos. Gelio consigna la simplificación del grupo *fl* a comienzo de palabra. Gracias a ello Valerio Sorano, autor al que atribuye la etimología, puede relacionar etimológicamente *fauisa* y *flauisa*¹¹⁷. Algunos autores recurren a la reducción de grupos consonántico en interior de palabra. Varrón indica la reducción del grupo *gl*¹¹⁸. El ejemplo que ofrece es uno de aquellos en los que la indicación fonética no se corresponde con lo que en verdad sucede.

B - La pérdida de *c*. Este cambio lo encontramos mencionado en Isidoro. Los ejemplos los toma de Servio quien recurrió a la pérdida de manera implícita¹¹⁹. La pérdida de la consonante puede tener lugar bien a comienzo o bien a mitad de palabra. El cambio aparece también en Varrón y en Festo aunque no lo mencionen de forma expresa¹²⁰.

Se utiliza en la explicación de términos cuyo origen es producto tanto de la derivación como de la composición.

C - La pérdida de la *d* a comienzo de palabra. El cambio es señalado por Macrobio quien, como hemos visto anteriormente, también se sirvió del proceso contrario, la adición de dicha consonante¹²¹.

D - La caída de *s* en posición inicial. Se registra en Varrón¹²². Se trata de un cambio imposible en latín. En ocasiones la *s* se pierde también en interior de palabra. En este caso no contamos con una consignación

expresa del cambio pero sí con ejemplos de su uso¹²³.

E - La desaparición de *n*. Macrobio registra de forma expresa la desaparición de la consonante nasal *n* ante *s*¹²⁴. Se trata de un cambio posible en la lengua latina. Livio, Festo, Isidoro y Sedulio también recurren a la desaparición de *n*, aunque de forma implícita. En sus etimologías el cambio fonético tiene lugar también en interior de palabra pero ante la dental *t* en el caso de Livio, ante la gutural *g* en el de Festo, mientras que en Isidoro y en Sedulio, que ofrecen el mismo ejemplo, el cambio tiene lugar ante *s* como sucedía en Macrobio¹²⁵.

F - La caída de *s* ante *m*. La mención del cambio corre a cargo del Reatino. Acude a él para explicar el origen del término *omen*¹²⁶. En su etimología del término *Camena* pudiendo haber apelado a este mismo cambio recurre a otro, el rotacismo de *s* ante *m* y la posterior pérdida de la *r*.

G - La no geminación de consonantes. Festo insiste en numerosas ocasiones en el hecho de que los antiguos no geminaban las consonantes al escribir¹²⁷. Esa falta de geminación ya permitió a Varrón establecer un parentesco etimológico entre *Palatium* y *Pallantes*, entre *colere* y *collis* o entre *terere* y *terra* sin advertirlo en ninguno de esos casos. Sin embargo, aunque el Reatino no consignara el cambio, sí señaló que la ausencia de geminación estaba confirmada por los libros de los augures¹²⁸.

La no geminación suele afectar a la *l* y a la *r*. Esa falta de geminación en la escritura se aplicaba tanto palabras con termino inductor tanto latino como griego, tal y como se deduce de los ejemplos propuestos por Festo.

H - La pérdida de la aspiración de una consonante aspirada. Encontramos reseñada esta pérdida en Festo, Servio e Isidoro¹²⁹. Este cambio puede tener lugar en sílaba inicial o en interior de palabra. También recurren a ella, aunque sin indicarlo, Fulvio Nobilior, Julio Modesto, Macrobio,

Servio y Sedulio.

En todos casos se trata de palabras latinas cuyo étimo es griego¹³⁰. Festo señala en varias ocasiones que se trataba de una costumbre antigua. Se utiliza en la explicación de etimologías producto tanto de una derivación como de una composición.

I - La simplificación de *x* en *s*. Aparece consignado en Isidoro¹³¹. También se encuentra algún ejemplo del cambio sin indicación en Varrón¹³². En ocasiones la *x* simplifica en *c*. Isidoro recurre a este cambio sin indicarlo¹³³.

J - La pérdida de la *r*. Varrón señala que ese sonido puede desaparecer *propter leuitatem*¹³⁴.

K - La pérdida de la *u*. Se opera en posición inicial. El cambio aparece consignado en Macrobio¹³⁵.

Junto a los cambios advertidos algunos autores también se sirven de otros cambios sin indicarlo como puede ser la supresión de la *l* o la de la *b*. Ulpiano recurre a la primera de ellas en una de las cinco etimologías que ofrece del término *miles* en la que lo hace derivar del numeral *mille* y también acude a ese cambio Livio al explicar el origen de *Palatius* a partir de *Pallanteus*¹³⁶.

Los grupos consonánticos *bcr*, *lct* y *bst* se reducen en interior de palabra. Recurren a ellos Varrón (*bcr*), Donato (*lct*) y Casiodoro (*bst*)¹³⁷. Los grupos *bcr* y *bst* surgen al unir dos palabras para formar un compuesto. En ambos cae el primer elemento del grupo consonántico. La caída del primer elemento de un grupo consonántico de tres elementos en el que figura como segundo una *s* y como tercero una consonante sorda es un cambio frecuente. No ocurre lo mismo con la reducción operada en el grupo *bcr*.

La reducción del grupo *gn*, utilizado por Casiodoro, tiene lugar a

comienzo de palabra¹³⁸. La simplificación de ese grupo se produjo en época histórica. Se mantuvo, no obstante, en *gnarus* y *gnaritas*.

Los ejemplos de reducciones no consignadas nos permiten afirmar que este cambio se aplica tanto a palabras producto de la derivación como a palabras cuyo origen se explica por composición.

2. 1. 3 - La mutación, *commutatio*

Los cambios agrupados bajo la *commutatio* son los más abundantes y afectan tanto a vocales como a consonantes. El término *commutatio* encubre diferentes cambios. En las vocales puede tratarse de una apofonía, de la apertura de una vocal, de su cierre o de un cambio de timbre difícilmente explicable. En las consonantes puede hacer referencia al ensordecimiento, a la sonorización, al rotacismo, a la simplificación de un grupo consonántico o a un cambio de difícil explicación.

2. 1. 3. 1 - Cambios vocálicos producto de la mutación

En los cambios que afectan a las vocales los diferentes autores latinos no tuvieron nunca en cuenta las cantidades, como tampoco la tuvieron en la *demptio*. Casi todos los cambios vocálicos se suelen registrar en doble sentido, es decir, que si, por ejemplo, *a* pasa a *e* también se registra el paso de *e* a *a*.

Los cambios consignados son los siguientes:

A - El paso de *a* a *e*. Lo encontramos consignado por Varrón quien señala que se trata de un cambio corriente. Pero precisamente en ese pasaje el cambio no puede tener lugar por no ir precedida de *i*¹³⁹. Su aplicación sí es correcta en otros ejemplos en los que este autor no indica que haya tenido lugar. Gelio menciona también este cambio al ofrecer la etimología que Cloacio Vero propone para el término *elucum*¹⁴⁰. En este caso se

produce no respecto al latín sino al griego. El término inductor de *elucum* es ἀλύειν. Los ejemplos de este cambio sin consignación expresa se encuentran en numerosos autores¹⁴¹.

Tiene lugar tanto en la primera sílaba como en interior de palabra y se aplica tanto en palabras derivadas como en palabras producto de la composición.

B - El paso de *e* a *a*. Nuevamente lo encontramos consignado en el Varrón¹⁴². En su ejemplo el cambio se produce en la transcripción de un término de origen griego al latín. También se puede registrar en palabras con término inductor latino. Este cambio sería empleado de forma implícita por diferentes autores incluido el propio Varrón¹⁴³.

C - El paso de *e* a *u*. Como en los casos anteriores encontramos su formulación en Varrón¹⁴⁴. Este cambio de timbre no es posible en el ejemplo concreto que ofrece el Reatino, pero sí en otro contexto fonético. El cambio es utilizado sin consignarlo tanto por Varrón como por otros autores como son el jurista Ofilio, Festo, el jurista Julio Paulo o Servio¹⁴⁵.

D - El paso de *a* a *u*. El cambio aparece consignado por Festo¹⁴⁶. Aunque en el ejemplo propuesto por él no es posible, sí lo es en otras ocasiones. Este autor recurre a este cambio también sin advertirlo y como él otros autores¹⁴⁷.

El cambio contrario, la apertura de *u* a *a* lo encontramos consignada en Macrobio para explicar la etimología del término *calix* a partir del griego¹⁴⁸.

Ambos cambios son utilizados sin reseñarlos también por otros autores¹⁴⁹.

E - El paso de *e* a *o*. Aparece formulado en Isidoro. El cambio contrario se registra en Agustín, Prisciano, Isidoro (cuyo ejemplo es el mismo que

el de Agustín) y los tres comentaristas irlandeses del siglo IX¹⁵⁰. Los diferentes ejemplos son de difícil explicación puesto que en ninguno de ellos se dan las condiciones fonéticas precisas para su realización.

En Elio Estilón, Varrón, Capro, Gayo, Julio Paulo, Donato, Servio o los mismos Isidoro y Sedulio registramos ejemplos de su uso sin señalarlo¹⁵¹. Ambos cambios se aplican tanto en palabras con étimo latino como con étimo griego¹⁵².

El primer cambio se encuentra tanto en palabras interpretadas como producto de una derivación como de una composición, el segundo sólo en palabras cuya etimología se explica por derivación.

F - El paso de *o* a *i*. Su consignación se registra en Festo, en Gelio y en los gramáticos irlandeses Muretach, Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis*¹⁵³. En el primero de ellos y en otros autores contamos también con ejemplos en los que no se señala su presencia¹⁵⁴.

Se aplica tanto en etimologías de producto de la derivación como de la composición.

G - El cierre de *o* en *u*. Su formulación se encuentra en Isidoro. El cambio contrario, la apertura de *u* en *o* aparece consignada siglos antes en Festo¹⁵⁵. Emplean alguno de los dos cambios sin indicarlo Cicerón, el propio Festo, Servio, Nonio Marcelo, Macrobio, Prisciano, Isidoro, Muretach, Sedulio y los autores del *ars Laureshamensis* y el *Donatus ortigraphus*¹⁵⁶.

En algunas autores encontramos ejemplos de estos cambios aplicados a palabras consideradas de origen griego. Es el caso de Festo, Servio o del jurista Gayo¹⁵⁷. Ni la apertura de *u* ni el cierre de *o* son fácil explicación en ninguno de los diferentes ejemplos propuestos.

Se encuentra tanto en explicaciones etimológicas por derivación como por composición. Asimismo se aplica también a palabras cuyo término inductor es griego.

H - El cierre de *e* en *i* y la apertura de *i* en *e*. Varrón menciona el parentesco, la afinidad existente entre ambas vocales, Festo señala el cambio de una vocal por otra y Muretach, Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis* el cierre de *e* en *i*¹⁵⁸. El propio Varrón se sirve del cambio en diferentes ocasiones sin advertir nada acerca de él y lo mismo hacen, Elio Estilón, Cicerón, Terencio Escauro, Festo, los juristas L. Cincio y Ulpiano, Carisio, Isidoro y Sedulio¹⁵⁹.

El cierre de *e* en *i* se emplea en la explicación etimológica de palabras producto tanto de la derivación como de la composición. Asimismo se encuentra también en palabras cuyo étimo es griego.

J - El paso de *a* a *i*. Lo encontramos registrado en Gelio, Terencio Escauro, Prisciano, Casiodoro y Sedulio¹⁶⁰. Se trata de una apofonía que ocurre en los compuestos cuando la vocal *a* breve está en sílaba interior abierta. Aunque no de forma explícita, los comentaristas irlandeses del siglo IX la justifican por razones eufónicas¹⁶¹. Este cambio también se encuentra en otros autores y no siempre se utiliza en la explicación de términos considerados compuestos¹⁶².

I - La apofonía de *ae* en *i* en los compuestos. Como el cambio anterior también este lo consigna Gelio¹⁶³. En Varrón y en Festo encontramos numerosos ejemplos de uso sin ninguna indicación; también en el jurista Salvio Juliano, Prisciano, Isidoro, Muretach y Sedulio¹⁶⁴.

Aunque Gelio señalara que es un cambio propio de los compuestos, en Isidoro se encuentran ejemplos también en explicaciones etimológicas de palabras derivadas.

K - La monoptongación de *oe* en *u*. El cambio es reseñado por Servio. Este autor señala la vacilación entre *oe* y *u* en algunas palabras¹⁶⁵. Ese diptongo evolucionó de distinta manera según el contexto fónico.

L.- El paso de *i* a *u*. Queda recogido en Festo¹⁶⁶. También se encuentra de forma implícita en otros autores¹⁶⁷. El cambio contrario, de *u* a *i* es utilizado por el propio Festo, Gayo, Ulpiano, Donato, Isidoro y Sedulio sin indicarlo expresamente¹⁶⁸. Se recurre a este cambio tanto en las explicaciones de palabras derivadas como compuestas.

Junto a los cambios descritos encontramos también la utilización de otros aunque no se indique de forma expresa su uso: el paso de *ae* a *u*, la simplificación de *au* en *a*, el paso de *o* a *a* y su contrario de *a* a *o*, la monoptongación de *au* en *o*, el paso de *au* a *u*, el paso de *eu* a *u*, la vocalización de *u*¹⁶⁹.

2. 1. 3. 2 - Cambios consonánticos producto de la mutación

En los cambios consonánticos es menos frecuente el doble sentido de los mismos. Como ejemplo podemos ofrecer el de *l* en *r* y de *r* en *l*. Los cambios consonánticos debidos a la *commutatio* son los siguientes:

A - El cambio de *d* en *r*. Señala Donato que entre ambas letras existía un parentesco que lo facilitaba¹⁷⁰. En aquellas palabras en las que hay otra consonante dental sonora el cambio no es sino una disimilación: *meridies* proviene de un antiguo *medidies*, atestiguado por Varrón, en el que se ha producido la disimilación progresiva de la primera dental del compuesto¹⁷¹; Velio Longo, Donato e Isidoro, quienes consignan de forma expresa el empleo del cambio en cuestión, ofrecen en sus obras este mismo ejemplo¹⁷².

Pero no en todas las ocasiones en que dicho cambio se opera es producto de una disimilación. Puede deberse también a una asimilación, como ocurre en Agustín, Terencio Escauro o Isidoro¹⁷³. Incluso en ocasiones no hay ningún contexto fonético que propicie ni la disimilación ni la asimilación. Sería un ejemplo de la generalización de los cambios fonéticos a la que hemos hecho alusión anteriormente. Así ocurre en

auricula, cuya etimología encontramos en Velio Longo e Isidoro, *aures* y *laurus*, que aparecen tan sólo en la obra del Sevillano¹⁷⁴.

El cambio puede tener lugar en palabras como producto de una derivación, una composición y también de una similitud. En este último caso es el único cambio fonético registrado de forma expresa en ese tipo de explicaciones. El ejemplo con el que contamos es el ya mencionado de Agustín.

Frente al cambio de *d* en *r*, que es correcto en algunas ocasiones, nos encontramos también en Prisciano con dos ejemplos del cambio de la dental sorda *t* en *r*. Corresponden a dos de las tres posibles etimologías que ofrece para el término *parricida*¹⁷⁵. La asimilación operada es de difícil explicación. Tanto Velio como Isidoro señalan que se trata del mismo cambio.

B - La simplificación del grupo *du* en *b*. Si bien Varrón, *L. 5. 73*, se limita a señalar que *Bellona* deriva de *Duellona* igual que *bellum* deriva de *duellum* sin indicar de forma expresa el cambio fonético experimentado, Isidoro sí lo hace¹⁷⁶. Se trata de un cambio correcto.

C - El rotacismo de *s* intervocálica. Varrón consigna el cambio en varias ocasiones en el *de lingua Latina*¹⁷⁷. También lo señalan otros autores como Festo, Veleyo Longo, Macrobio y Servio¹⁷⁸.

Se trata de un cambio correcto que a veces se emplea de forma incorrecta. El ejemplo más claro lo ofrece Varrón, aunque en este ejemplo no lo consigne, quien para explicar la etimología de *Camena* en lugar de apelar a la caída de *s* ante *m* prefirió recurrir al rotacismo de la *s* ante la nasal y la posterior pérdida de la *r*¹⁷⁹.

D - El ensordecimiento de *g* en *c* y la sonorización de *c* en *g*. Ciertamente la vacilación existente entre los sonidos sordo *c* y sonoro *g* está consignada por diferentes autores. En primer lugar por Varrón quien advierte ya de

la estrecha relación que hay entre ambos sonidos¹⁸⁰. También Festo señala que los antiguos utilizaban la *c* en lugar de la *g*¹⁸¹. La vacilación es recogida por diferentes gramáticos de época imperial¹⁸².

Los autores que recurren a esta vacilación lo hacen a su antojo. Advierten la presencia de una sonorización o de un ensordecimiento según les convenga. Encontramos ejemplos en Varrón, Cicerón, Festo, Isidoro y Sedulio¹⁸³.

El cambio se puede aplicar también a palabras con étimo griego¹⁸⁴.

E - La sonorización de *p* en *b*. Este cambio sería paralelo a la vacilación que se opera entre *c* y *g*. Queda recogida por el gramático Terencio Escauro¹⁸⁵. Los ejemplos de este cambio no son muy abundantes y se suelen repetir de unos autores a otros¹⁸⁶. Se aplica también a palabras con término inductor griego¹⁸⁷. En este caso el uso de la sorda en lugar de la sonora podría deberse a una pronunciación dialectal.

El cambio contrario, el ensordecimiento de *b* en *p*, se registra ya en época temprana aunque sin consignación expresa. Ennio acude a él en su explicación etimológica del topónimo *Palatinus*¹⁸⁸. Siglos más tarde Servio sí indicará su presencia¹⁸⁹.

Este es empleado sin consigar también por Sedulio¹⁹⁰.

F - El cambio *b* por *c*. Es un cambio difícil de explicar ya que entra en juego, además del modo de articulación, el punto de articulación. Se registra en Varrón¹⁹¹.

G - El cambio de *b* en *f*. Sedulio consigna su presencia al explicar el origen del verbo *sufficio*¹⁹². Es un cambio posible y frecuente.

H - El cambio de *d* por *b*. Reseñado por Isidoro¹⁹³. Se trata de un cambio del punto de articulación difícilmente explicable.

I - El cambio de *t* en *c*. El cambio del punto de articulación operado no tiene fácil explicación. Aparece consignado en Varrón y en Isidoro encontramos también ejemplos de su uso sin indicarlo¹⁹⁴. El ejemplo de Varrón es uno de los escasísimos ejemplos de aplicación de la *quaterna causa* en las etimologías antifrásticas.

J - El cambio de *d* en *c*. Lo consignan Casiodoro y el gramático irlandés Muretach¹⁹⁵. Contamos también con ejemplos de su uso sin reseñarlo¹⁹⁶. Es un cambio posible y frecuente en los compuestos tal y como Casiodoro advierte en su *de orthographia*.

K - La palatalización de *z* en *d*. Aparece registrada por Isidoro¹⁹⁷. Es un cambio propio de los dialectos.

L - La disimilación de *c* en *s*. Se trata de un cambio de difícil explicación. Aparece consignado en Isidoro¹⁹⁸.

M - El cambio de *l* en *s*. Según Varrón ambas letras a menudo se intercambian¹⁹⁹. El cambio contrario, de *s* en *l*, se registra en Nigidio Figulo sin que el autor lo indique²⁰⁰.

N - El cambio de *s* en *t*. Se registra en Festo²⁰¹.

O - El cambio de *r* en *l*. Este cambio fue advertido por Varrón y también lo encontramos consignado en Isidoro²⁰². El contrario, el paso de *l* a *r* aparece sin consignar en Sedulio²⁰³.

P - El paso de *l* a *d* y el contrario, de *d* a *l*. Encontramos menciones del cambio en Varrón, Festo, Mario Victorino, Servio, Isidoro, Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis*²⁰⁴. Sedulio señala también el parentesco existente entre ambas letras. En Isidoro también encontramos ejemplos

sin consignación expresa del cambio ocurrido²⁰⁵.

La alternancia entre *l* y *d* es posible no sólo dentro del latín sino también entre el latín y el griego. Asimismo es un cambio corriente en el latín vulgar.

Q - Las interferencias entre la *f* y la *h* iniciales. Este cambio está recogido por Varrón, Velio Longo, Donato y Servio²⁰⁶. Por lo general las variantes con *f* inicial proceden de las zonas rurales.

R - El cambio de *u* en *l*. Se trata de un cambio de difícil explicación. Sólo se registra en Varrón²⁰⁷.

S - La vocalización de *b* en *u*. Reseñado por Isidoro²⁰⁸. También lo emplean sin reseñarlo otros autores como por ejemplo Festo o Servio²⁰⁹.

T - La notación de la aspiración griega con una *s* inicial. Señalado por Festo e Isidoro²¹⁰.

U - La sonorización de *t* en *d* y el ensordecimiento de *d* en *t*. Velio Longo señala la vecindad de ambos sonidos²¹¹. Ambos cambios son usados frecuentemente sin consignación expresa. En Varrón, Isidoro y los gramáticos irlandeses Tatuino, Muretach y Sedulio encontramos ejemplos del empleo de la sonorización, y en Servio del cambio contrario²¹².

2. 1. 4 - La metátesis, *traiectio*

No hemos registrado cambios consignados de forma expresa referidos a la *traiectio* ni de vocales, ni de consonantes. Ello no quiere decir que el cambio no tuviera lugar. De hecho contamos con diferentes ejemplos. La *traiectio* se aplica tanto a palabras con étimo latino como a palabras de origen griego²¹³.

2.2 - La *quaterna causa* silábica

En cuanto a las sílabas tan sólo se registran menciones expresas de cambios producto de la *detractio*, la *adiectio* y la *commutatio*, cambio éste último que no aparece en la enumeración varroniana de la *quaterna causa* silábica. El primero de los cambios lo reseñan Varrón, Nigidio Figulo, Gavio Baso, Porfirio, Isidoro, Sedulio y el autor del *ars Laureshamensis*²¹⁴.

La supresión de la sílaba puede tener lugar en palabras explicadas como producto de la composición o en palabras pensadas como derivadas. En éstas últimas la supresión afecta a una sola sílaba. Por el contrario, si se trata de un término compuesto, puede afectar a más de una sílaba²¹⁵

Se aplica normalmente a palabras cuyo término inductor es latino, pero también se encuentra en términos cuyo étimo pertenece a una lengua extranjera²¹⁶. Contamos con numerosos ejemplos en los que se acude a la elisión sin advertir que ésta tiene lugar²¹⁷.

Frente a la *detractio* que se opera siempre en interior de palabra, la *adiectio* tienen lugar a comienzo. Los ejemplos de este cambio son muy escasos. De hecho sólo hemos registrado uno consignado de forma expresa²¹⁸.

La *commutatio* silábica se lleva a cabo en escasas ocasiones. Encontramos ejemplos de ella en Festo²¹⁹.

2.3 - Conclusiones en torno a la práctica de las *quaternae causae*

Esta exposición de los diferentes cambios utilizados por los autores latinos permite extraer ciertas conclusiones:

1ª - Los cambios fonéticos son más frecuentes en las letras que en las sílabas: la *commutatio litterarum* es más productiva en las letras que en las sílabas. Asimismo contamos con un mayor número de ejemplos de la *demptio* /*detractio* y la *additio* /*adiectio* aplicadas a las letras que a las sílabas;

2ª - La utilización de unos cambios u otros en las letras varía también según se trate de vocales o de consonantes. La *demptio* y la *commutatio* se opera tanto en vocales como en consonantes, mientras que los cambios producto de la *additio* corresponden mayoritariamente a consonantes. Tal vez esto último se deba a la contribución de este cambio a la eufonía, pues añadiendo vocales se podrían formar hiatos lo que, precisamente, se evita, en ocasiones, con él;

3ª - Las diferentes *causae* pueden encubrir diferentes cambios. Así por ejemplo, la *demptio* aplicada a las vocales puede ser una síncope, un apócope o una contracción; la *commutatio* de las consonantes puede ser una disimilación, un ensordecimiento o una sonorización, la de las vocales una apofonía, una alternancia de grado o la monoptongación de un diptongo; la *traiectio* puede encubrir una alternancia de grado;

4ª - Los cambios vocálicos afectan principalmente a la *i* y después a la *e*. Entre las consonantes las más afectadas son la silbante *s*, las líquidas *l* y *r* y las oclusivas *d*, *c* y *g*;

5ª - Los cambios suelen ir emparejados. Si una vocal se suprime, no es raro encontrar ejemplos de adición de esa misma vocal. Si una vocal se cambia por otra vocal o una consonante por otra consonante, se encuentran igualmente ejemplos del cambio contrario;

6ª - Los diferentes cambios suelen producirse en las primeras letras de las palabras. No suelen indicarse cambios fonéticos más allá de la cuarta letra, salvo que se trate de una palabra cuyo origen esté en una composición. En estos casos el cambio puede afectar a la quinta o sexta letra que se corresponderían con la segunda o tercera letra del segundo elemento del compuesto;

7ª - En el caso de que los cambios afecten a las sílabas, según de qué cambio se trate, la sílaba afectada es la inicial o bien una sílaba media. Es la inicial en caso de adición y la media en caso de sustracción. En ningún caso la sílaba afectada será la final;

8ª - La falta de consignación expresa de los diferentes cambios suele

afectar a las vocales, sobre todo si éstas sufren una *demptio* o una *commutatio*;

9ª - Los cambios se aplican tanto a palabras de origen latino como de una lengua extranjera. En caso de que su origen sea una lengua diferente al latín, ésta suele ser el griego;

10ª - La aplicación de los cambios tiene lugar mayoritariamente en palabras explicadas como producto de una derivación o de una composición. Asimismo, también se puede recurrir a ellos en las etimologías onomatopéyicas, antifrásticas y por similitud pero los ejemplos son muy raros.

3 - Los nomina ficta

3. 1 - Naturaleza de los nomina ficta

Al abordar la cuestión de los *nomina ficta* nos encontramos con un problema. A diferencia de lo que ocurre con las *quaternae causae* para las que contamos con las explicaciones, aunque sean escuetas, que nos ofrece Varrón, carecemos de menciones y consideraciones teóricas de esta práctica. Ningún autor latino especuló en torno a ellos. Son, pues, sus ejemplos prácticos los que nos van a permitir acercarnos a este recurso e intentar vislumbrar su naturaleza.

Hemos definido los *nomina ficta* como aquellas palabras de las que se sirven distintos autores latinos para facilitar la explicación etimológica ofreciendo con ellas el paso intermedio entre los términos A y B. Pero ¿qué son en verdad? ¿Son palabras inventadas *ad hoc* por aquellos autores que se sirvieron de ellas? o ¿son, acaso, formas que existieron en un momento dado de la historia de la lengua latina?

El examen de los ejemplos registrados en Q. Escévola, Elio Estilón, Varrón, Nigidio Fígulo, Curiacio, Aurelio Opilio, Santra, Gavio Baso,

Antistio Labeón, Cloacio Vero, Festo, Gelio, Julio Paulo, Nonio, Porfirio, Macrobio, Ulpiano, Diomedes, Dositeo, Donato, Servio, Sergio, Prisciano, Casiodoro, Isidoro y los comentaristas irlandeses nos permite colegir dos hechos.

Por un lado no todos los *nomina ficta* son términos inventados por los autores latinos. Ahí están los casos de *medidies*, *Diuiana*, *Carmena* y *Casmena*, *fanula* o *munia*, que no son sino forma dialectales, segundas formas o formas arcaicas de una palabra²²⁰.

Por otro, la forma propuesta como *nomen fictum* existe en ocasiones como palabra en la lengua latina, aunque con otro valor. Así ocurre, por ejemplo, con *Lucina*, *pupula*, *tutuli*, *ardua* o *chersydron*²²¹. Incluso nos encontramos con el caso de un *nomen fictum* empleada por Isidoro, *feruunculus*, de la que siglos antes Capro había advertido que era la forma correcta del propio término 'B' isidoriano²²².

Ambos hechos impiden que nos limitemos a hablar de los *nomina ficta* como meras fantasías o invenciones. Tanto si se trata de formas que han tenido o tienen una existencia real, como si se trata de formas nuevas, su uso es el mismo. A ojos de los autores latinos todas ellas sirven para establecer un paso intermedio entre 'A' y 'B', facilitando así la comprensión de la relación etimológica establecida entre ellos y justificando los posibles resquicios del parecido formal en la misma. Y tuvieron ese carácter mediador en autores tan distantes en el tiempo como Varrón, Isidoro o Sedulio.

Los *nomina ficta* son palabras que por su estructura fonética no resultan ajenas a la lengua latina. No contravienen tampoco la morfología casual. Todas ellas, cuando se trata de nombres, presentan género, número y caso. En los ejemplos de formas verbales presentan los accidentes propios de un verbo. Los accidentes gramaticales de un *nomen fictum* son los mismos que los del término 'B' al que sirven de precedente. El *nomen fictum* pertenece a la misma categoría de palabras que el término 'B'. Si éste es un sustantivo aquel también lo será, si es un verbo aquel también y así con todas

las clases de palabras. Ello hace que Magallón (1996: 376) los considere como una “aposición figurativa”.

3. 1. 1 - Designación de estas formas

La ausencia de menciones de este recurso en los autores latinos motiva que estas formas reciban por parte de quienes las estudiamos diferentes designaciones.

Nosotros las hemos venido llamando *nomina ficta*. Sin embargo, ésta no es la única designación con la que se las conoce. En el *Thesaurus linguae Latinae* se las llama *uoces fictae*, denominación empleada también por Maltby (1991) en su *Lexicon of Ancient Latin Etymologies*. Collart (1954: 290 s.) al referirse a ellas las designa como “etymologies à peu près”. Por su parte, Pfaffel (1981) habla de ‘C Forms’ y Magallón (1996) prefiere los giros “mots-valise” y “ficción verbal”. Ninguna de estas dos últimas designaciones nos parece del todo acertadas. Por un lado, hablar de “mots-valise” supone considerar siempre este tipo de formaciones como producto de una composición, opinión que, como veremos, no compartimos. Por otro lado, la designación “ficción verbal” parece implicar el carácter fantástico de todas ellas, lo cual, creemos, tampoco es enteramente cierto.

En nuestra exposición optaremos por las designaciones *nomen fictum* y *uox ficta*. Nuestra denominación *nomen fictum* se debe a que la mayoría de estas formaciones son nombres. Frente a ella, el giro *uox ficta*, empleado en los diccionarios, es más general y en él tienen cabida todas las clases de palabras.

3. 1. 2 - El problema de su inclusión en los diccionarios y léxicos

El hecho de que los *nomina ficta* no sean palabras de uso regular y de que no hayan pasado a formar parte del acervo léxico del latín motiva que no suelen encontrarse en los diccionarios latinos al uso, ni siquiera en los

diccionarios etimológicos. En aquellos en los que sí quedan consignados no siempre lo hacen de la misma manera.

En el *Oxford Latin Dictionary* aparecen como entradas aquellos *nomina ficta* considerados formas originales de otras palabras (“supposed orig. form of ...”; “<alleged> early form of ...”, “old form of ...”), formas dialectales (“dialect form of ...”) y también alguna que otra ‘uox ficta’ suelta de la que se destaca su carácter de palabra inventada (“invented to explain ...”, “invented as the hypothetical basis of the world ...”) o el ser producto de la etimología popular (“due to popular etym.”)²²³. En tres ocasiones, *ambagio*, *exterraneus* y *formucapes*, se remite al pasaje del autor que lo cita sin ofrecer ningún otro dato.

El número de *nomina ficta* incluidos en el *Thesaurus linguae Latinae* es mayor. Unas veces se remite sin más al lema que representa el término ‘B’²²⁴, otras se señala su carácter de forma creada por algún autor concreto o simplemente se indica su condición de palabra inventada para lo cual se recurre a diferentes posibilidades: bien se utiliza la abreviatura *uf* (*uox ficta*), bien se hace aparecer el lema entre paréntesis. Con ello se indica que esa palabra es o una forma deducida o una forma creada por los gramáticos²²⁵. Las más de las veces, no obstante, el *nomen fictum* no aparece sino en el artículo del término ‘B’ correspondiente sin que se ofrezca ninguna explicación acerca de él.

En el diccionario etimológico de Walde, *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*, y en el de Ernout y Meillet (1959), *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, no figuran como lemas ninguno de los *nomina ficta* registrados. Frente a estos autores, en su *Lexicon of Ancient Latin Etymologies* (1991), Maltby, pese a que no suele considerar como entradas las *uoces fictae*, incluye algunos ejemplos. No obstante, éstos son raros y no siempre coinciden con aquellos que aparecen como lemas en el *Oxford Latin Dictionary* o en el *Thesaurus linguae Latinae*²²⁶.

En opinión de Magallón (1996: 376), lo que explica la dificultad de

lexicalización de los *nomina ficta* es su gratuidad, esto es, el hecho de que no respondan a una necesidad real de la lengua como pueda ser la que cubre el neologismo.

3. 1. 3 - Su consideración hoy en día

En los estudios, los comentarios y las traducciones de autores latinos que incluyen etimologías en sus obras nos encontramos con la misma indefinición que registramos en los diccionarios en torno al tratamiento que reciben este tipo de palabras. Ni se traducen siempre de igual manera, ni suelen ser tenidos en cuenta en los comentarios de las obras latinas en las que aparecen. Y, cuando se habla de ellos, tampoco se conciben de manera uniforme.

En cuanto a su traducción, los diferentes *nomina ficta* aparecen introducidos con distintos giros según el idioma: “como si dijéramos”, “como si se dijera”, “como si fuera”, “en vez de”, “en realidad”, “es”, “esto es”, “de modo que puede decirse”, “es decir”, “viene a equivaler a”, “que viene a ser como”, “en el sentido de que”²²⁷, “as though”, “they named it as if it were”, “and so they are”, “from”, “previously”, “is equivalent to”²²⁸, “pour ainsi dire”, “comme”, “pour”²²⁹.

Por lo que respecta al trato que reciben en los comentarios no podemos destacar sino el silencio que suele haber en torno a estas formas. En este tipo de obras se incide en la verdad o falsedad de la relación etimológica establecida entre los términos ‘A’ y ‘B’, pero siempre desde nuestra perspectiva etimológica actual. Sin embargo, no suele indicarse nada sobre los términos en cuestión.

En los estudios dedicados a la obra etimológica de los diferentes autores latinos la omisión de referencias suele ser también lo acostumbrado. En este sentido, las obras dedicadas a Varrón constituyen, en alguna medida, una excepción, puesto que en ellas sí encontramos opiniones acerca de estas formas. Pero se trata de opiniones diferentes. Éstas se pueden agrupar en tres

grupos. El primero lo conformarían aquellos que consideran que los *nomina ficta* son formas inventadas que no han existido nunca en la lengua latina, el segundo los que piensan que los *nomina ficta* son formas que realmente han existido en la lengua latina y el tercero los que sin incidir en el carácter real o inventado de los *nomina ficta* insisten en su papel mediador.

El primer grupo está integrado por Collart y Traglia. Collart las califica siempre como etimologías fantasiosas, formas supuestas o relaciones ilusorias (1954: 82, 85, 91, 93, 101, 103, 105, 291 ss.; 1954b: 195, 205, 211, 214, 220, 222, 230, etc). En su opinión (1954: 291 nota 7) se trata de un método fantasioso practicado corrientemente por los predecesores de Varrón. Por su parte Traglia (1974: 122, 128, 168) habla de formas inventadas para explicar el paso de 'A' a 'B'.

Forman parte del segundo grupo los estudiosos de fines del siglo pasado y principio de este, Canal, Wölfflin y Muller. Para Canal (cf. Pfaffel, 19981: 157 s.) los *nomina ficta* son las formas correctas que las palabras deberían haber tenido si hubieran derivado sin sufrir las alteraciones motivadas por la pronunciación vulgar. Wölfflin (1893: 564) considera que las formas introducidas por los adverbios *quasi*, *uelut*, *tamquam* (que suelen actuar como introductores de estas formas, según veremos) son formas originales desfiguradas por el paso del tiempo. Para Muller (1910: 214 ss.) algunas de las *uoces fictae* son formas reconstruidas como objetivamente lingüísticas a las que se le asigna un estatus (pre)histórico.

Esta opinión cuenta también con exponentes actuales. Para Pfaffel (1981: passim, en especial los capítulos 3 y 4) son formas históricas que permiten dar cuenta de la evolución diacrónica habida entre los términos 'A' y 'B'. Algunas son formas atestiguadas en inscripciones o conocidas por Varrón a través de dialectos, otras son formas propuestas, reconstruidas, en una sucesión diacrónica de cuya existencia no duda. Para este autor las 'C - Form' corresponderían a las actuales formas con asterisco que se emplean en la descripción de la evolución fonética de una palabra.

Schröter representaría el tercer tipo de opinión nombrado. Este autor

(1965: 50) reconoce su valor de formas intermedias entre los términos 'A' y 'B' pero no insiste más en el asunto.

También nosotros defendemos el carácter mediador de estas formas, pues sirven para establecer un paso intermedio entre 'A' y 'B' facilitando la comprensión de la relación etimológica establecida entre esos dos términos. Sin embargo, a diferencia de Schröter consideramos que se debe insistir en el origen de estas formas. A este respecto, creemos conveniente reseñar que no se puede defender de forma tajante ni que los *nomina ficta* sean formas que realmente existieron, ni que sean formas todas ellas inventadas. Ya hemos señalado con anterioridad que algunas de las *uoces fictae* son formas dialectales, segundas formas o formas arcaicas de una palabra y que otras son formas nuevas. Incluso hemos indicado el caso de *feruunculus* palabra empleada por Isidoro como *nomen fictum* pero considerada por Capro cinco siglos antes como un vocablo correcto. Junto a ellas no podemos negar la presencia de formas inventadas. De hecho, la mayor parte de los *nomina ficta* registrados pertenecería a esta categoría.

Así pues podemos finalizar este apartado acerca de la naturaleza de los *nomina ficta* diciendo que:

- 1º - no son sino formas a las que acuden los autores latinos para facilitar la relación etimológica entre dos palabras;
- 2º - responden al anhelo de precisión explicativa y al interés por la finura y la agudeza con la que los autores latinos establecían la relación etimológica entre dos palabras;
- 3º - el carácter inventado o real de estas formas es algo que nos planteamos hoy en día. Sin embargo, fue una cuestión ajena a la mentalidad romana;
- 4º - para los latinos estas formas fueron siempre válidas y correctas.

3. 2 - El uso de los *nomina ficta* en la práctica etimológica latina

Magallón (1996: 378) al tratar el empleo de los *nomina ficta* en Isidoro

insiste en que antes de este autor sólo se puede hablar de “tímidos atisbos”. Sin embargo, el centenar de ejemplos contabilizados con anterioridad a él nos llevan a considerar su opinión como desaconsejada.

Las *uoces fictae* fueron empleadas con mayor o menor profusión por autores latinos de todas las épocas. Suelen aparecer en obras que reflexionan sobre el lenguaje, ya sean éstas obras en las que se exponen contenidos gramaticales de carácter teórico, como ocurriría con el *de lingua Latina* de Varrón o las artes gramaticales, ya comentarios, como pueden ser los de Nigidio Fígulo o los de Donato, Servio, Porfirio, Muretach o Sedulio, ya obras de carácter léxico, como ocurre con las de Santra, Festo, Nonio o Isidoro. También se registran en la obras eruditas como las de Gelio y Macrobio. Igualmente se encuentran ejemplos en algunos textos legales²³⁰. Los juristas reflexionan sobre el lenguaje, aunque sea con intereses jurídicos. Aparecen rara vez en los historiadores, más concretamente en los analistas y nunca se encuentran en los poetas.

Aunque en todos ellos tuvieron siempre el mismo carácter de forma intermedia, no obstante, entre dos autores lejanos en el tiempo como son Varrón e Isidoro apreciamos una diferencia de uso que se fue fraguando poco a poco a lo largo de los siglos y que vamos a intentar explicar. Para ello nos vamos a centrar fundamentalmente en Varrón, Festo, Servio e Isidoro, aunque no olvidaremos de los ejemplos de los demás autores que se sirvieron de este recurso. Los *nomina ficta* empleados por los cuatro autores nombrados constituyen el 90% del total de los casos.

3. 2. 1 - Consignación de la anterioridad en el tiempo del *nomen fictum* en relación con el término B

En Varrón hemos contabilizado hasta treinta y seis ejemplos de *nomina ficta*²³¹. En todos ellos el Reatino no opera de la misma manera. En nueve ocasiones emplea en la explicación etimológica adverbios de tiempo, *postea*, *primo*, *olim*, y también de lugar, *unde*, con los que indica que ese *nomen*

fictum propuesto sería anterior al término ‘B’ cuya etimología indaga y por lo tanto sería una forma intermedia entre los términos ‘A’ y ‘B’²³². En siete de esas nueve ocasiones explica las discrepancias entre la forma ‘C’ y el término ‘B’ mediante un cambio fonético. En otros catorce ejemplos emplea como término introductor el adverbio *ut*²³³. En estos, a diferencia del grupo anterior, no hay ningún tipo de notación fonética. Los esquemas seguidos son “B ut C ab A”, “B ab A ut C”, “ab A B ut C” y “B ut C quod”. En los trece casos restantes el *nomen fictum* no está introducido por ningún adverbio. En tres de ellos Varrón consigna la presencia de cambios fonéticos y no lo hace en los otros diez²³⁴.

Varrón parece mostrar un cierto interés en señalar de alguna manera que la forma ‘C’ es anterior en el tiempo a ‘B’ y que en el paso de ‘C’ a ‘B’ se han operado algunos cambios. Este sería el punto de partida de la hipótesis diacrónico-reconstructiva de Pfaffel quien, además, en los ejemplos con los adverbios *postea*, *primo*, *olim* y *unde* postula la existencia histórica de la ‘C Form’ incluida en ellos.

Este interés no se registra en autores de época imperial, pero sí lo hemos encontrado en otros autores de época republicana como son el analista Casio Hemina, Cicerón, y el jurista L. Cincio, así como en el derecho pontificio. En los tres autores nombrados, el *nomen fictum* queda marcado tan sólo por el uso de adverbios de tiempo. Sin embargo, en sus explicaciones etimológicas no mencionan expresamente ningún cambio fonético concreto²³⁵. En cuanto a la casuística del derecho pontificio, ésta queda recogida por Gelio en sus *noctes Atticae* y Macrobio en sus *Saturnales*. Se trata del término *bidentes* para el que se postula un *nomen fictum biennes*. En la explicación ofrecida por ambos autores se recurre al adverbio *primo* para señalar la evolución del término en cuestión y juntamente con esa anotación temporal se indica también la presencia de un cambio fonético²³⁶.

Siglos más tarde, en Isidoro también se encuentran algunos ejemplos de este uso²³⁷.

3. 2. 2 - Aumento paulatino del número de *nomina ficta* empleados en las explicaciones etimológicas

El uso de los *nomina ficta* parece implicar, en principio, la presencia de una única explicación etimológica. Así lo vemos en Varrón. En aquellos casos en los que recurre a su empleo no ofrece más que una posibilidad explicativa del término cuya etimología indaga. Entre todos sus ejemplos tan sólo encontramos con una excepción. El Reatino señala que el término *uindemia* puede derivar de *uinea* o de *uitis*. En el primer caso ofrece como paso intermedio *uinidemia* y en el segundo *uitidemia*²³⁸.

La restricción de una única explicación etimológica cuando haya de por medio un *nomen fictum* se mantiene casi sin excepciones en los últimos siglos de la República. Así ocurre en los ejemplos de Q. Escévola, Elio Estilón o Santra²³⁹. Las únicas excepciones son Aurelio Opilio y Cicerón. En estos dos autores encontramos un ejemplo con una explicación etimológica en la que se registra la presencia de dos *nomina ficta*. En el caso de Aurelio Opilio cada *nomen fictum* corresponde a una explicación distinta, tal y como habíamos visto que sucedía en Varrón²⁴⁰. Sin embargo, Cicerón, poco dado a este recurso, ofrece un ejemplo en el que los dos *nomina ficta* corresponden a la misma explicación, pues no son sino pasos sucesivos de la misma²⁴¹. Es el único ejemplo que hemos registrado de este hecho.

La situación cambia en época imperial y sobre todo en época de Isidoro. Aumentan los ejemplos en los que el *nomen fictum* aparece en explicaciones etimológicas múltiples, esto es, en pequeños catálogos etimológicos en los que se ofrecen dos o más posibles explicaciones de un determinado término. Frente al único ejemplo de Varrón, nos encontramos con tres en Festo, cuatro en Servio y diez en Isidoro²⁴². Mientras que en las explicaciones múltiples ofrecidas por Festo o Servio tan sólo una de las etimologías aparece acompañada de un *nomen fictum*, en cinco de los diez ejemplos del obispo de Sevilla se registra más de uno por catálogo, llegando en ocasiones a contar cada explicación con un *nomen fictum*²⁴³.

El aumento del empleo de los *nomina ficta* afecta también a otros ámbitos. Así, en los últimos siglos del Imperio aumenta su uso en la explicación de nombres propios. Este incremento se registra ya en los comentaristas, sobre todo en Servio, y muy especialmente en Isidoro²⁴⁴.

Igualmente, a lo largo de todo el imperio aumenta también su uso en la explicación de palabras consideradas producto de una composición. Lo habitual era recurrir a su empleo sólo en las explicaciones etimológica por derivación. Este nuevo uso será especialmente abundante en Isidoro²⁴⁵.

3. 2. 3 - Complicación en el empleo de los *nomina ficta*

Relacionada con el aumento de los *nomina ficta* en los catálogos etimológicos se registra también una complicación en su empleo. Si en época republicana hemos visto cómo en muy escasas ocasiones un término 'B' puede ser explicado con ayuda de dos *uoces fictae* diferentes, ahora veremos que una mismo *nomen fictum* puede servir en las diferentes explicaciones que se ofrecen de un determinado término 'B'.

Dicho así parece complicado. No lo es si nos fijamos en el siguiente ejemplo. Los artígrafos Diomedes, Servio, Sergio, Pompeyo, Isidoro y los comentaristas irlandeses del siglo IX ofrecen más de una etimología para el término *littera*. Dos de ellas, *legentibus iter* e *in legendo iteretur*, se apoyan en la misma *uox ficta*, *legitera*²⁴⁶.

3. 2. 4 - Origen del término inductor del *nomen fictum*

Los *nomina ficta* empleados por los autores de época republicana tenían en la mayoría de los casos un término inductor latino. Los ejemplos con término inductor extranjero fueron casi inexistentes. Contamos tan sólo con *polichrum* utilizado por Santra²⁴⁷ cuya opinión acerca del origen griego de la lengua latina ya conocemos.

En el Imperio el número de estos ejemplos aumenta. Se registran en

Valerio Probo, Porfirio, Macrobio y sobre todo en Servio e Isidoro²⁴⁸. Entre los comentaristas irlandeses, por el tipo de obras comentadas, su número se ve drásticamente reducido. Hemos registrado un único ejemplo en Sedulio²⁴⁹.

La lengua extranjera suele ser el griego. En tres de los autores nombrados, Macrobio, Servio e Isidoro, además de estas *uoces fictae* con término inductor extranjero registramos también *nomina ficta* griegos. Su empleo, sin embargo, es diferente. Mientras que en Macrobio corresponden a explicaciones etimológicas de términos griegos incluidos en el texto latino, en Servio e Isidoro lo son de palabras latinas o por lo menos con apariencia de tales²⁵⁰. Tanto se trate de *nomina ficta* con término inductor griego como de *uoces fictae* griegas, unos y otras sólo son comprensibles si se tiene en cuenta la lengua griega.

3. 2. 5 - Adverbios que introducen los *nomina ficta*

Otra evolución que se aprecia en el uso de los *nomina ficta* es el empleo de un adverbio introductor que avise de su presencia. Con anterioridad hemos señalado que en Varrón, en catorce de los treinta y seis ejemplos, las *uoces fictae* están introducidas por un adverbio. En su caso ese adverbio es siempre *ut*. En opinión de Pfaffel el uso de este adverbio ha de entenderse como el indicador de una traslación metalingüística gracias a la cual las ‘C Form’ serían formas históricas. *Ut* introduciría una aposición causal en la que habría que suponer la elisión de un adverbio temporal del tipo *primo*.

En los restantes autores, en especial a partir del imperio, el adverbio introductor de los *nomina ficta* es *quasi*. Junto a éste se utiliza alguna que otra vez *uelut*, *ueluti* o *tamquam* pero nunca *ut*. La primacía de *quasi* hace que, por ejemplo, Gelio cuyos ejemplos de *nomina ficta* corresponden a autores anteriores a él a los que cita con nombres y apellidos los introduzca siempre con ese adverbio. Incluso cuando acude a un *nomen fictum* utilizado ya por Varrón, es el caso de etimología de *terriones*, recurre para introducirlo al adverbio *quasi* que nunca hubiera sido empleado por el Reatino.

Quasi se encuentra en todos los ejemplos de *nomina ficta* de Aurelio Oplio, de los artífgrafos, de Nonio Marcelo, de Casiodoro y de los gramáticos irlandeses. Ese es también el adverbio que encontramos en los ejemplos de autores juristas como Antistio Labeón, Julio Paulo o Ulpiano. En Cicerón, Festo, los comentarios terencianos a Donato, Macrobio e Isidoro registramos también el uso de otros adverbios. En el caso de Festo, Donato y Macrobio ese adverbio es *uelut* o su variante *ueluti*. En el de Cicerón e Isidoro se trata de *tamquam*. No obstante, en todos ellos el uso de *quasi* es mayoritario.

En Festo (y Paulo Festo) hay un total de dieciséis ejemplos de *nomina ficta*. Sólo en dos de ellos se acude al uso de *uelut* como adverbio introductor. De los cuatro ejemplos de Donato tres llevan como adverbio introductor *quasi*. En el caso de Isidoro sólo hay un ejemplo con *tamquam* y el resto están introducidos por *quasi*.

Así pues, podemos hablar de una generalización del uso de *quasi*. Y no sólo se generaliza el uso de este adverbio sino también se impone de forma mayoritaria el empleo de un adverbio introductor. Tal es así que en época imperial sólo hemos registrado un ejemplo de *nomen fictum* sin término introductor²⁵¹.

El abundante uso de los adverbios introductores hace que Magallón (1996: 378) califique el empleo de los *nomina ficta* como una “etimología analógica”.

El adverbio *quasi* es utilizado por los etimólogos también para otros usos que no deben confundirse con la introducción de las *uoces fictae*. Se emplea, por ejemplo, para introducir explicaciones paralelas útiles en la indagación de una etimología, para indicar los diferentes términos composicionales de aquellas palabras consideradas resultado de una composición, para introducir términos sinónimos de la palabra cuya etimología se intenta establecer y para introducir palabras con las que se establece una comparación significativa y formal y que no son, en modo alguno, *nomina ficta*. Todos estos usos son frecuentes en Isidoro²⁵².

Así pues, la evolución operada en el uso de los *nomina ficta* desde época de Varrón hasta Isidoro consistió en:

- a) el aumento de *nomina ficta* en las explicaciones un mismo término 'B';
- b) el uso de una misma *uox ficta* para apoyar diferentes explicaciones etimológicas de un mismo término 'B';
- c) el aumento de *nomina ficta* en palabras consideradas producto de una composición;
- d) el aumento de *nomina ficta* en explicaciones etimológicas basadas en el griego;
- e) el aumento de *nomina ficta* en la explicación de nombres propios;
- f) el aumento del uso de *quasi* como adverbio introductor de un *nomen fictum*, aumento que conlleva la disminución de *uoces fictae* sin adverbio introductor;
- g) la disminución en el número de explicaciones con *nomina ficta* en las que se ofrece alguna consideración de tipo fonético;
- h) la disminución del uso de adverbios temporales tipo *primo* u *olim* que remiten a la evolución diacrónica 'A' > 'C' > 'B'. Esta disminución corre pareja al aumento del empleo de un adverbio introductor para la *uox ficta*.

3.3 - Posibilidades formales de los *nomina ficta*

Magallón (1996: 377 ss.) en su estudio sobre la etimología de Isidoro señala que este tipo de palabras ofrece distintas posibilidades formales: la yuxtaposición simple, la intersección o la yuxtaposición con intercalación. Aunque se centra preferentemente en la obra de Isidoro, también incluye ejemplos tomados de otros autores, en especial del Reatino.

Las tres posibilidades a las que remite deberían estar referidos, se supone, a los significantes de los términos 'A' y 'B', puesto que de su combinación derivan las 'mots-valise'. Así ocurre en los casos de intersección.

En ellos los significantes de 'A' y 'B' poseen elementos comunes²⁵³. Sin embargo, en la yuxtaposición simple ninguno de los dos significantes a los que alude es el término 'B'. Ambos se corresponden con los dos términos 'A' que dan lugar a 'B'. Estos se unen ya de una forma total, ya parcial para dar lugar a una nueva palabra. En los casos en los que se opera es una yuxtaposición con intercalación no queda claro ni cuáles son los significantes que se yuxtaponen ni qué elemento se intercala. Señala Magallón (1996: 377) que de esta posibilidad existe un único ejemplo²⁵⁴. No acabamos de ver la diferencia entre éste y aquellos otros que ofrece como producto de una intersección.

En nuestra opinión, las posibilidades formales se reducen a dos: contaminación de 'A' en 'B' y yuxtaposición. La primera se produce en todos aquellos casos en que 'B' deriva de 'A', la segunda en aquellos en los que 'B' se explica como un compuesto de dos términos 'A'. Los ejemplos de lo primero son los más numerosos.

3. 4 - Acuñación de los *nomina ficta*

En la acuñación de los *nomina ficta* interviene tanto la relación fónica establecida entre 'A' y 'B' como la relación semántica. La *uox ficta* debe guardar siempre una relación fónica, total o parcial, con los elementos inductor e inducido. Por lo general el *nomen fictum* no es sino el resultado de una contaminación del término 'B' por el término 'A' y no presupone la fusión de dos raíces en el cuerpo de la palabra, tal como apunta Magallón. Dicha fusión sólo tiene lugar en aquellas palabras que son producto de una composición. En estos casos el *nomen fictum* sería la primera forma que tendría el compuesto una vez fusionados sus elementos composicionales.

Las relaciones semántica y fónica están siempre presentes en la acuñación de un *nomen fictum*. Los siguientes ejemplos así lo demuestran.

A la hora de explicar la etimología del verbo *clepere* Varrón (*L.* 7. 94) acude a la idea de ocultación presente en el adverbio *clam*. Basándose en este adverbio y en su significado acuña el *nomen fictum* *clapere*, modificando para ello la primera vocal del término 'B'. El dios Vulcano al trabajar el hierro de alguna manera lo castiga, *mulctare*. Añadiendo una letra al sobrenombre *Mulciber* Donato (*Ter. Ad.* 90) crea la *uox ficta* *Mulctiber* estableciendo así la relación etimológica entre el verbo y el nombre del dios. Como la *carcer* sirve para encerrar y aprisionar, *arcere*, Servio (*Aen.* 1. 54) crea una *uox ficta* *arcer* suprimiendo la primera letra de 'B'. Isidoro (*Orig.* 11. 2. 18) caracteriza a la mujer por su blandura y falta de energía frente al varón, *mollities*. Ello le permite proponer como *nomen fictum* la forma *mollier* cambiando la primera vocal y añadiendo una consonante.

Como se puede apreciar en los diferentes ejemplos propuestos los autores añaden, quitan, conmutan o transponen letras o sílabas. Recurren sin indicarlo a los mismos procesos que luego aplican en sus explicaciones y que nosotros leemos en sus obras.

También se opera la relación fónica en aquellos casos en los que el término 'A' no figura en la explicación sino que se sobreentiende en el contexto. Así por ejemplo, Isidoro (*Orig.* 17. 10. 21) dice *eruca quasi uruca quod ignitae sit uirtutis et in cibo saepe sumpta ueneris incendium moueat*. Está claro que se establece una relación etimológica entre la planta *eruca* y el verbo *uro*, representado en los efectos excitantes de ciertas especies. *Vruca* es el paso intermedio entre ambas palabras.

En aquellos casos en los que el *nomen fictum* coincide con una palabra ya existente, el uso de la *uox ficta* puede basarse en un posible parecido significativo entre los términos 'B' y 'C'. En Isidoro (*Orig.* 4. 8. 21) leemos *papula quasi pupula*. La forma de la pústula es en su aspecto semejante a la pupila del ojo, lo cual favorece el empleo de *pupula* como *nomen fictum* de *papula*. A ello se une el parecido formal de ambos términos. Pero no siempre que la *uox ficta* coincide con una palabra ya existente se puede

establecer una relación entre ambas. En Festo (Paul *Fest.* 503) leemos que los soldados reciben también el nombre de *tituli quasi tutuli quod patriam tuerentur*. El *nomen fictum* no guarda ninguna relación con el sustantivo *tutuli* que designa un gorro de forma cónica usado por los flámenes. Está motivado por el verbo que designa la función de los soldados.

En la creación de algunos *nomina ficta* podrían haber influido sustantivos y adjetivos existentes que pertenecen a su misma familia de palabras. Así Frontón (*ap. Gel.* 19 8. 11) pudo basarse en el adjetivo *quadriiugus* empleado por Ovidio, Estacio o Juvenal para acuñar el *nomen fictum quadriiugae* en la etimología del sustantivo *quadrigae*. Del mismo modo Donato (*Ter. Andr.* 801) pudo tomar como fuente el adjetivo *sororius*, utilizado por Plauto, Cicerón u Ovidio para crear la forma *sororini* en su explicación del término *sobrini*.

3. 5 - Relación entre los esquemas etimológicos y el uso de los *nomina ficta*

Por lo general, en aquellos ejemplos en los que se recurre al *nomen fictum* se indica mediante los esquemas derivativo o causal la relación etimológica establecida entre A y B. Raros son aquellos en los que no se ofrecen pistas acerca la misma. En el *de lingua Latina* 5. 97 Varrón dice *capra carpa*. *Carpa* sería el *nomen fictum* de *capra*. Entre ambos términos no media ninguna explicación. Pero sí la encontramos en *de re rustica* 2. 11. 17 donde indica que *capra* deriva de *carpere*. Este étimo explicaría el *nomen fictum* mencionado en la otra obra. En Isidoro los ejemplos de este tipo de proceder son más frecuentes²⁵⁵.

Para Magallón los *nomina ficta* con término inductor griego formarían parte de este grupo de etimologías en las que aparecen tan sólo el término 'B' y el *nomen fictum* del que deriva. No entendemos bien su inclusión ya que en las diferentes ocasiones en que el término 'A' es griego siempre aparece una explicación.

3. 6 - Carácter de hapax de los *nomina ficta*

Los diferentes *nomina ficta* registrados suelen ser formas empleadas por un único autor. Que ello es así se colige de los datos que proporcionan los tres autores que más ejemplos ofrecen de este proceder, Varrón, Festo e Isidoro. De los treinta y seis *nomina ficta* utilizados por el primero de ellos sólo cuatro son utilizados por autores posteriores²⁵⁶, de los diecinueve ejemplos contabilizados en Festo sólo dos los hemos registrado en autores anteriores²⁵⁷ y de los ciento cuatro ejemplos de Isidoro no llegan a la veintena los que han sido utilizados anteriormente por otros autores²⁵⁸.

No obstante, algunos *nomina ficta* corrieron gran suerte y fueron repetidos a lo largo de los siglos. Así ocurre, por ejemplo, con *filamen*, *terrones* y *medidies*. Los tres se repiten de manera regular ya desde época de Varrón. El primero se encuentra, además de en el Reatino, en Festo, Servio, Prisciano, Isidoro y en el *ars Bernensis*, el segundo lo repiten Gelio y Festo²⁵⁹. En el caso de *medidies*, si bien Varrón no ofrece el *nomen fictum*, dice haberlo visto escrito en Preneste. En siglos posteriores lo retoman Donato, Macrobio e Isidoro²⁶⁰.

Algunas *uoces fictae* comienzan a repetirse a partir de los siglos IV y V. Así ocurre con *legitera*, *adcantus*, *notamen* y *participium* registrados por primera vez en los artífrafos y repetidas después por Isidoro y por los gramáticos irlandeses²⁶¹. También Isidoro sirve de fuente para algunos de los *nomina ficta* empleados por Sedulio²⁶².

3. 7 - Concurrencia de los *nomina ficta*

Al igual que de una palabra podemos encontrar dos, tres o cuatro etimologías distintas también puede darse el caso de que contemos con más de un *nomen fictum* para explicar un mismo término. Cuando ello ocurre los dos *nomina ficta*, pues salvo en un único caso²⁶³ nunca hemos encontrado más de dos, pueden corresponder a la misma explicación etimológica

ofrecida por dos autores diferentes o bien a dos etimologías distintas. Un ejemplo del primer caso son los dos *nomina ficta* que hemos registrado en la etimología de *armenta*. Varrón e Isidoro derivan dicho vocablo del verbo *arare*, pero mientras el Reatino propone como *nomen fictum arimenta*, el obispo de Sevilla ofrece *aramenta*²⁶⁴.

Estos dos autores nos sirven también para ejemplificar la segunda posibilidad. Ambos proponen etimologías distintas para *triones*. Según Varrón deriva de *terra* y según Isidoro del verbo *terere*. A su vez cada uno de ellos propone un *nomen fictum*, *terriones* el Reatino y *teriones* el Sevillano²⁶⁵. Los ejemplos de esta segunda posibilidad son más abundantes que los de la primera²⁶⁶. En cualquier caso se trata de un hecho poco frecuente.

3. 8 - Tipos de palabras para las que se acude al uso de los *nomina ficta*

Los *nomina ficta* se utilizan preferentemente en la explicación etimológica de nombres sustantivos. Estos pertenecen a ámbitos variados, desde nombres de edificios, objetos de cocina, instrumentos de labor para el campo, flora, vestimenta, vocabulario militar, religioso y de parentesco, hasta nombres de estrellas, topónimos o teónimos²⁶⁷.

También se encuentran en la explicación de adjetivos²⁶⁸. Los ejemplos menos numerosos corresponden a los verbos y a los adverbios²⁶⁹.

9 - Conclusiones en torno a los *nomina ficta*

Del examen realizado en torno a la naturaleza y el uso de los *nomina ficta* podemos concluir lo siguiente:

- 1º - los *nomina ficta* son formas reales o inventadas *ad hoc* que facilitan la explicación etimológica al ofrecer un paso intermedio en la evolución de 'A' a 'B', esto es, del término inductor al término inducido;
- 2º - el que se tratara de formas inventadas o reales fue una cuestión ajena

a la mentalidad romana;

3° - los latinos no designaron este tipo de recurso de ninguna manera;

4° - pese a mantener siempre su carácter de forma mediadora su empleo evolucionó con el paso del tiempo;

5° - los *nomina ficta* están introducidos en la mayoría de los casos por adverbios, siendo *quasi* el adverbio que primó en este uso;

6° - en la acuñación de los *nomina ficta* interviene tanto la relación fónica establecida entre los términos inductor e inducido como la semántica;

7° - los términos inductores de las *uoces fictae* son mayoritariamente latinos;

8° - las posibilidades formales de las *uoces ficta* se reducen a dos: la contaminación de 'A' en 'B' y la yuxtaposición;

9° - pese a que algunos *nomina ficta* se encuentran repetidos en diferentes autores, lo más frecuente es que su empleo se circunscriba a un único autor;

10° - los *nomina ficta* se emplean, sobre todo, en las explicaciones etimológicas de sustantivos y, en menor grado, de adjetivos. Su uso es muy escaso en las etimologías de verbos y casi inexistente en la de adverbios.